

Introducción

Pensión La Soledad, crónica puertas adentro de una pensión de Caracas es la historia de hombres solos, viejos en su mayoría, muchos en situación de indigencia, los inquilinos de *La Moisés*, la pensión más barata de Caracas, ubicada de Puente Nuevo a Quebrado, parroquia San Juan, esa parte de la ciudad que todavía insiste en encontrarse a sí misma a través de sus esquinas y, que, de acuerdo con Carlos Sandoval, en el prólogo de *La Ciudad de los Techos Rojos*, de Enrique Bernardo Núñez, deviene en característica distintiva como “una de las pocas ciudades, si no la única” en que se llega a una dirección por el nombre de una esquina a la otra.

Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), en el 2010 la población de Caracas, la originaria Santiago de León, suma 2.103.404 habitantes en un área de 433 kilómetros cuadrados. Casi la mitad de lo que se conoce como la Gran Caracas y que abarca cuatro municipios más en un espacio geográfico de 822,9 Kilómetros cuadrados. Y evidentemente estamos hablando de más caraqueños, si consideramos el área metropolitana en la que habitarían unas 5.505.463 personas. Tal como apunta Rafael Valery en *La Nomenclatura Caraqueña*, la ciudad capital ha estado dividida en parroquias urbanas desde el siglo XVIII. Los templos de San Pablo, Nuestra Señora de Altagracia y Nuestra Señora de Candelaria, desde el 25 de agosto de 1750, fueron erigidos en parroquias, y junto con Catedral (parroquia) constituyeron las primeras subdivisiones de Caracas para su administración eclesiástica que luego pasó a ser civil” (Valery, R, 1978).

Antigua provincia de veinticuatro manzanas o cuadras, la Caracas de hoy, el casco central, comprende treinta y dos parroquias, de las cuales veintidós conforman el municipio Libertador.

Al calor de sus contrastes, el centro de la ciudad asombra todos los días desde una expresión tan irreverente como irónica, impregnado de la sátira de sus variados y disímiles modos de vivir. Y las pensiones, como entrañas de la megaciudad que tiende a olvidarse a

sí misma, tienen mucho que contar y denunciar en un sub mundo de costumbres marcado por la carencia en todo sentido, en convivencia cotidiana con la opulencia y el lujo.

En palabras del cronista de Caracas, Guillermo Durand, *Fragmentos del pasado Caraqueño* (2007), se hace referencia a la parroquia San Juan como “arrabal de las extremidades de la ciudad”. Así lo refiere: “Su suerte estaba condenada a un entumecimiento que afectaba gravemente a la mayoría de sus habitantes, pues llevar la vida en esa localidad, era sinónimo de privaciones y de cargar con el pesado estigma social de la exclusión. Es por ello que los desórdenes públicos productos de la riñas, zafarranchos y otros delitos de menor cuantía, no se atribuía a la falta de policía, sino a una supuesta condición de barbarie inherente a la naturaleza de todos los sectores sociales desposeídos; es decir, las gentes pobres o miserables de San Juan, al parecer, se había convertido en el “oasis” del mal vivir en la ciudad”.

Pensión La Soledad, ingresa con mirada minuciosa y cronista a los pasillos de *La Moisés*, una vieja vivienda de 110 habitaciones o piezas de alquiler, exclusivamente para caballeros de la parroquia San Juan. Un lugar que, desde su organización en jurisdicción civil, “sin párroco”, en 1834, a ratos, sitio de paso, vecindario, hospicio, arrabal, lugar de prostíbulos y, en general, según los cronistas, un lugar “miserable”, “patio trasero de Caracas”, que se empeña en mantener su huella indeseable junto al olvido de quienes portan su gentilicio.

Casi todos, de más de sesenta años, destinados a su propio olvido, al de sus familias y al de la ciudad para los que son invisibles. Dedicados a variopintos oficios ambulantes, por algunas de las calles del centro de la capital, sobreviven con valores de vida en común: la soledad y la fe.

Personajes de vidas precarias, empapadas sólo en apariencia, de ficción, pero tan reales como su respiración a destiempo. Cómo viven, o sobreviven; en fin, sus inclementes carencias y hasta su fe en medio de las adversidades es parte de lo que mostrará esta crónica periodística.

Pensión La Soledad es narrada desde la crónica por el valor testimonial de la historia como un todo, cuya fibra, desde lo particular a lo social, sólo puede mostrarse desde su relato minucioso que pone al descubierto, los gestos, olores, sabores y hasta la psicología de los personajes que hacen vida en este relato, como representación de una manera de ver el mundo: su mundo.

Es una historia periodística que ha sido estructurada en perfiles de trece personajes, donde la fe, la soledad, la esperanza y la desesperanza, definen su hilo conductor y en la que cada uno es mostrado desde su testimonio vivo, genuino y particular.

Como eje temático, esta historia se justifica en la necesidad periodística de contar los testimonios del presente como representación de un hecho de actualidad, relevancia e interés social. Testimonios humanos en su justa dimensión, que exigen ser contados sin la premura del oficio mediático.

Ante la expresión popular, siempre optimista e influenciada por el petróleo: “este país es rico”, y por eso hay de todo y para todos, *Pensión La Soledad* es la historia de los oficios aprendidos al calor de la vida. El Cafecero –“a su orden”– que vende cafés por Quinta Crespo y La Hoyada; El Caramelero, un desempleado que vende caramelos colombianos y que terminó deambulando por Quinta Crespo por su adicción al crack; Chacín “el cascarrabias”, de 69 años, un pensionado del Seguro Social que es ciego de un ojo por una rabieta que agarró hace tiempo; Tomás Molina, un obrero de jardinería del Country Club que quedó desempleado hace poco. Todos, inquilinos de *La Moisés*, desde donde siguen soñando en sus piezas de un metro por uno y medio.

Es también la historia de Apolonio, un ex perrocalentero de 58 años, nombre que parece salido de una película de ciencia ficción, pero que es tan real como su forma peculiar de ser, ahora devenido en músico ambulante por bares de Caracas a los que va, mesa por mesa, para complacer peticiones de Julio Jaramillo a cambio de propinas. Son algunas de las trece historias de soledad, de fe y de nobleza interior, como pocas, que hablan por sí solas a lo largo de los angostos pasillos de lo que fue, hace más de treinta años, una panadería de italianos, de Puente Nuevo a Quebrado, en el centro de Caracas.

La crónica, humana manera de contar

Por su propia naturaleza narrativa, la crónica busca contar lo íntimo y lo profano y hasta lo bueno de lo malo o, lo malo de lo bueno, sin que ello represente en modo alguno, un juicio de valor de las situaciones y personajes. Esto lo intenta desde lo minucioso que es interesante, materia prima de este género periodístico.

Susana Rotker en *La Invención de la Crónica* (2005) cita a Antonio Castro Leal: “la crónica imponía como condiciones fundamentales que se dejara leer fácilmente y que atrajera e interesara al lector. Para dejarse leer fácilmente debía de estar escrita en una prosa fluida, ágil, sin comienzo ni dificultades para el lector; para atraer e interesar, tenía que tratar temas de actualidad, ofreciendo, sin bombo ni ruido, nuevos puntos de vista, reflexiones originales que se sugerían discretamente al lector, casi con el propósito de que creyera que completaba el pensamiento del escritor, agregándole su imaginación incitada, la dosis de poesía o de humorismo o de filosofía que era necesaria”.

En la crónica no hay puntos finales ni verdades absolutas. Siempre habrá algo más que contar de una realidad vista desde la mirada subjetiva, siempre condicionada por la percepción del mundo que pueda tener el cronista.

En torno a la “pura” verdad y el cronista, la periodista argentina Leila Guerriero nos dice, reseñada por Albinson Linares (Leila Guerriero: “Contar una historia es un intento de entender al mundo, 2010): “Hay tantas verdades como personas y eso es poner al periodismo en el lugar absurdo de los justicieros. Ése es un lugar que ocupan los jueces, fiscales y el Estado, pero no el periodismo. Uno tiene que contar la historia y desaparecer, nada más”.

La crónica siente y padece desde lo sensible de lo que somos. Al mirar la realidad lo hace porque es tan humana como la vida que cuenta más allá de la carencia que no para de denunciar. Por el sentir y padecer de las historias de vida o de muerte y que van desde la nobleza más fiel hacia la inclemencia de lo profano y qué mejor género para contarlo que la crónica, diosa del suceso y del tiempo.

Afortunadamente todavía el debate acerca de la crónica como género, continúa. Lo cual es una buena noticia porque quiere decir que está “vivita” y contando. Así lo demuestran, las cada vez más publicaciones, desde diferentes formatos, animadas a contar lo inverosímil de la realidad latinoamericana en común, desde revistas, recopilaciones de historias en libros, portales electrónicos y *blogs*. Porque la crónica hace rato que llegó al ciberespacio, lugar donde se mueve a sus anchas desde su innato deseo por contar lo que pasa allá afuera; sino, que lo diga *Provinci* (Venezuela). La Revista “Ñ” (Argentina), *Gatopardo* y *Soho* (Colombia), *El Malpensante*(Colombia) y *Etiqueta Negra* (Perú) –éstas dos últimas, también *online* -, constituyen buenos ejemplos de que todavía hay mucho que decir desde el periodismo narrativo. Sin dejar de mencionar valiosas iniciativas corporativas como la de la Fundación Bigott con el Seminario Anual *El Pulso y el Alma de la Crónica*, este año en su quinta edición.

Humberto Cuenca en *Imagen Literaria del Periodismo* (1980) descarta a la crónica como género y la clasifica como una “categoría literaria” y al periodismo lo define como “una forma propia, autónoma e independiente de la literatura” y parafraseando al escritor irlandés y Premio Nobel de Literatura, *George Bernard Shaw*, asegura que el periodismo es “la más alta forma de la literatura” y completa: “la literatura más humana, íntima y familiar creada por el hombre”.

El abordaje temático de *Pensión La Soledad* se justifica en la necesidad periodística de mostrar los hechos y personajes del entramado social, gente común y corriente, humanos por sobre todas las cosas. “Lo evidente suele ser invisible, y un cronista tiene el privilegio de contar no sólo lo que sucede, sino lo que parece que no sucede” (Julio Villanueva Chang, *Letras Libres*, 2005).

Pensión La Soledad, en tanto representación de los hechos de hoy, historia del mañana, es testimonio de la memoria desde su propia identidad. Pretende ser uno de los tantos espejos posibles de un gentilicio que parece extraviado, cuando reproduce la voz de sus personajes y su forma de ser; sus valores, sus calles y sus quehaceres en un momento determinado.

La narración del presente relato se vale de la sutileza y la ironía, de lo que no se ve por el trasluz de la inmediatez de los hechos y que suele quedar por fuera en la noticia, en la premura de la dictadura del oficio periodístico, cuando jerarquiza con base en lo más importante, lo inmediato; por encima de lo interesante, atributo supremo de crónica.

Pensión La Soledad se nutre de lo que somos y dejamos de ser, de ese aspecto subjetivo al que no escapa la mirada acuciosa del reportero. Earle Herrera en *Periodismo de Opinión, los fuegos cotidianos* (1997), define al *cronos* desde su marco de acción: “Entre los géneros de opinión la crónica es el que mejor recoge y expresa lo que lleva cada autor en su fuero interno, llámesele psique o alma”.

En suma, podemos decir que la crónica como esencia, se halla vinculada a la vida misma y a sus tropiezos que tanto tienen que contar. “Mediante la crónica, se cuenta la vida, se da nuestra visión del mundo y sus cosas, se comunican impresiones, se dibujan personajes y paisajes, se narran hechos y anécdotas, se vuela en la escritura y se busca, más que convencer o persuadir de algo, compartir experiencias con el lector. Es un viaje de palabras, los otros géneros son una exploración, además de eso, es un paseo” (Herrera, 1997).

Como representación de los hechos, la crónica trasciende el mero hecho de ser o no, de un género u otro. Es más que eso porque es libre, y como tal, no puede permitirse dejar de mirar e inmediatamente, contarlo, y bien. Para ello, se vale de la narración, su columna vertebral. Eloi Yagüe Jarque, en libro inédito *Caracas Crónica*, lo plantea de la siguiente manera: “Ni informativa ni opinativa, la crónica es básicamente narrativa, aunque contenga información y opiniones (...). Y la referencia a esa dama esquiva que llamamos “la verdad”, debemos matizarla con la consideración de que es una representación de la realidad que se construye a partir de las percepciones, las cuales pueden ser imperfectas, y de su expresión, que está mediada por la ideología de cada quien”.

Pensión La Soledad como soporte del presente y en sintonía con su contexto histórico cultural, muestra el estilo de vida de personajes tan reales como diversos, aderezados con el contexto cultural de una parte del centro de Caracas, dejando referencia del momento

urbano en el que se desarrolla la historia pero sin olvidar su pasado. Para ello se vale de la descripción de la toponimia de la ciudad, constancia de su huella a través del tiempo.

El periodista colombiano Juan José Hoyos en *Escribiendo Historias, el arte y el oficio de narrar en el periodismo* (2003) refiere al narrador omnisciente que describe las acciones de la historia en forma de escenas al servicio de la crónica: “La narración escena por escena produce en el lector una sensación muy parecida a la que genera en el espectador la representación de una obra teatral. Al eliminar la narración histórica, la voz del narrador parece esfumarse para dar cabida en el relato únicamente a los acontecimientos. Por eso el lector no percibe al narrador, sino que siente como si los hechos estuvieran ocurriendo frente a él, sin ningún intermediario”.

En torno a la literatura y su inefable relación con el periodismo, Susana Rotker (2005) asegura que “en la literatura, es irrelevante si lo que se cuenta ocurrió en realidad; importa menos lo que se cuenta que el modo como se lo cuenta, el peso poético de las palabras, el valor autónomo de lo escrito. Lo real se reduce a un pacto de lectura opuesto: hasta que lo narrado resulte verosímil para el lector, respetando la lógica y las leyes de la imaginación establecidas por el propio texto. Y la crónica está allí, desde el principio, amenazando la claridad de esas fronteras”, difíciles de establecer.

“La crónica se concentra en detalles menores de la vida cotidiana, y en el modo de narrar. Se permite originalidades que violentan las reglas del juego del periodismo, como la irrupción de lo subjetivo. Las crónicas no respetan el orden cronológico, la credibilidad, la estructura narrativa característica de las noticias ni la función de dar respuesta a las seis preguntas básicas: qué, quién, cuándo, dónde, cómo, por qué” (Rotker, 2005).

Por último, “la crónica como el periodismo, no inventa los hechos que relata” sino que “su manera de reproducir la realidad es otra. Y esto no significa que su subjetividad traicione el referente real, sino que se le acerca de otro modo, para redescubrirlo en su esencia y no en la gastada confianza de exterioridad” (Rotker, 2005).

Pensión La Soledad es narrada en tercera persona, e intenta hacerse de las técnicas narrativas como la escenificación y la descripción en detalle, con acercamiento, de los

gestos, hábitos y psicología de los personajes protagonistas, entre otras técnicas del arte narrativo puestas al servicio del periodismo informativo. “Cuando se describe, se ve, y según la descripción apele a los demás sentidos, el lector tiene también la impresión de escuchar, oler, tocar o gustar” (Hoyos, 2003).

El punto de vista en tercera persona permite que, en *Pensión La Soledad*, sean los hechos, sus personajes, los que hablen por sí solos, mostrados, tal como ocurren: “Se elige un personaje como foco principal de la narración en la que, la mayor parte de la historia se presenta enfocada desde su ángulo, vista a través de sus ojos” (Hoyos, 2003).

Pensión La Soledad surge de la preocupación periodística por el mundo que gira a su alrededor, por el cómo están las cosas. Motivado por el deseo natural, tan humano como el dolor, de contarlas de la mejor manera posible. En el ínterin, la crónica resulta el género que mejor contribuye a hacerlo, cuando toca la fibra de la sensibilidad.

Pensión La Soledad

Crónica puertas adentro de una pensión
en Caracas

Por el arrabal de lo invisible

A plena luz del día San Juan luce tranquilo, inofensivo, a pesar de los rumores de siempre que dicen que el centro de Caracas es peligroso. *La Moisés*, es la más incógnita de las doce pensiones de la avenida Sur 10, una calle de tres largas cuabras que comunica la avenida Baralt con la avenida San Martín. Allí sobrevive, junto a una licorería que no puede faltar en la esquina, la Talabartería Robert “Todo en Cuero” y el Bar y Billares Atlanta, abierto desde el mediodía, con un mensaje claro a su clientes: “Para servicio de pool, obligatorio el consumo”, es otro de los tantos cuchitriles baratos de Puente Nuevo a Quebrado.

San Juan es una de las 32 parroquias caraqueñas en la que viven 101.422 personas en este sector del centro, empeñado desde siempre en ser “oasis del mal vivir de la ciudad”, según el cronista de Caracas, Guillermo Durand. Antiguamente, sitio de paso para los viajeros y comerciantes en su viaje hacia La Vega, Antímano, Macarao y los Valles de Aragua, el “arrabal de las extremidades de la ciudad”.

En lo que podría considerarse un ejemplo de la secular resistencia caraqueña a la modernidad, San Juan resistió incluso uno de los más importantes intentos de renovación urbana como fue la reurbanización de El Silencio emprendida por el presidente, general Isaías Medina Angarita a mediados de los años cuarenta del siglo veinte. Esto lo hizo con ayuda del arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva, el encargado de recuperar para la ciudad los viejos espacios, pero con criterios funcionales, modernos, como los bloques del Silencio y las torres gemelas del Centro Simón Bolívar (con 103 metros de altura, fue el edificio más alto de la ciudad hasta la construcción de las Torres de Parque Central) además de ser durante muchos años, iconos de la modernidad caraqueña. A pesar de todo este esfuerzo, San Juan hoy sigue siendo “zona roja”, un lugar que invita cuidarse por sus inseguras calles, lugar de paso, donde conviven hacinados miles de seres humanos en viejas casas que hoy son pensiones, muchas de ellas “de mala muerte”.

Fue fundada en 1834 y desde entonces han existido modalidad de “casas de alquiler” que antiguamente llamaban “hospederías” y que ha estado presente en su forma de

ser, de convivir o de sobrevivir a lo largo de sus primeras calles: “Agricultura”, “El Triunfo”, “Puente Nuevo” y “Fertilidad”, entre otras.

Según datos oficiales, en esta parroquia caraqueña cohabitan unas 210 pensiones, aunque rumores entre pasillos, aseguran que son más. Eso sí, casi todas, “exclusivamente para caballeros”, pululan por cada una de las aceras de este sector del centro de Caracas que en la Colonia fue sitio de paso para llegarle al resto de la ciudad y encrucijada.

En suma, San Juan, patio trasero de la casa, circuito erótico. Sitio de hospedajes y pensiones, unas más peligrosas que otras; escondite o guarida para delincuentes. Otras, por raticos, para encuentros amorosos por hora. Muy pocas, para damas, prostitutas y, en general, para quienes se sudan la calle y el pan, a pulso.

Junín: de cine a templo

Los nombres de las esquinas de Caracas comenzaron a tener personalidad en el siglo diecinueve. La anécdota del sitio, la sabiduría popular o el cuento mítico de camino a lo largo de sus calles y aceras, le dejaron como herencia la identidad que tienen por estos días y que fueron, ayer más que hoy, la referencia para ir de un lugar a otro de Caracas. El plano que retrataba la ciudad en 1843 ya contaba con una lista de esquinas. Para entonces la ciudad se dividía en manzanas o cuadras y, un cuadrado tiene cuatro puntas, cuatro esquinas.

San Juan con una extensión de 3,25 kilómetros cuadrados es vecina de Catedral, la primera parroquia de Caracas, ubicada más al norte, hacia el Ávila, donde hoy se halla el Cine Junín, como la batalla comandada por Bolívar, librada en Perú en 1824. Un sector de la ciudad, que en el pasado se dejó cautivar por los placeres de mirar películas en sus rimbombantes cines, tomar tragos en los bares exclusivos de la zona o relajarse a escondidas en alguna de las casas de cita.

El “Teatro Junín”, fundado en 1950, el mismo que estrenara en su gran pantalla el 21 de Julio de 1950, *La Cenicienta*, de *Walt Disney*, hoy: Iglesia “El Nuevo Pacto”, en la esquina de Aserradero, Oeste 6, frente a la plaza *O`Leary*.

En la esquina de Aserradero, funcionó hacia 1870 un local que fabricaba y vendía madera. Un “aserradero”, pues, propiedad de la familia *Boulton* que más tarde cambiaría de rubro, para dedicarse a la manufactura y venta de coches, carros y carretillas. Por último, terminaría como la “Matanza de Durán”: antiguo matadero y carnicería.

Hoy, el edificio de seis pisos, donde asombró el viejo cine Junín, y el mismo en el que durante muchos años funcionara en uno de los pisos superiores, la emisora de corte popular, Radio Rumbos, decidió cambiar para siempre. Cambió su color original de beige a rosado y ya no tiene ventanas. Una gran lona rasgada por la intemperie del tiempo y que cubre parte del edificio desde la azotea hasta abajo, deja ver que el gobierno destinará la

vieja infraestructura del siglo veinte a fines “revolucionarios”. La función tendrá que esperar.

Lo que alguna vez fueron sus apartamentos, en sus niveles superiores, hoy están vacíos, sin ventanas, abandonados, en el olvido: invadidos, en el mejor de los casos. En la planta baja del edificio está la gran antesala del teatro, el sitio donde en sus buenos tiempos, los cinéfilos hacían colas en la taquilla los domingos para ver un estreno; hoy, rodeada por la venta buhonera de la zona. Allí están los perrocalenteros, los vendedores de frutas y hortalizas y los vende-llamadas con los teléfonos de alquiler, recostados de los teléfonos públicos que no funcionan, debajo del letrero a todo color de la iglesia evangélica “El Nuevo Pacto”, que en el pasado identificó en letras rojas al viejo cine *art deco*, obra de un arquitecto norteamericano.

El evangelio en el viejo cine Junín no deja de hacer su trabajo por estos días desde su gran anuncio sobre un fondo dibujado con las nubes del cielo. Desde allí, en las alturas, intenta convencer a los potenciales fieles que a diario transitan por la esquina de Aserradero: “Si Jesucristo está a tu lado, nada es imposible para ti. Para el que cree todo es posible”.



Fluye como la ciudad

Puente Nuevo a Quebrado, de esquina a esquina. Puente Nuevo, porque en el pasado colonial de San Juan, sólo había un puente para cruzar el río *Caroata*, una de las 17 quebradas originadas en el Ávila que atraviesa Caracas y que desemboca en el *Guaire*, el principal río de la ciudad. Cerca de 1830 se construyó un segundo puente, sin nombre, en sustitución del antiguo Puente San Pablo. Todo el que pasaba por ahí le llamaba Puente Nuevo y así se quedó, por sabiduría popular. Y Quebrado por un personaje popular al que llamaban así, del que poco se sabe, pero se presume que pudo haber vivido en este sector entre finales del siglo dieciocho y comienzos del siglo diecinueve.

Muy cerca, corren las aguas del *Caroata*, que desemboca en el río *Guaire*, cuyas fétidas aguas, van apresuradas y sinuosas por los 72 kilómetros de recorrido, de punta a punta de la ciudad, de norte a sur, de oeste a este, en medio de una prisa sólo detenida por las colas de una Caracas congestionada de automóviles. Embaulado desde 1933, el cauce del *Guaire*, ahora en forma de muro de concreto, funciona para las consignas de los *grafiteros*, que siempre tienen algo que decir, o para la propaganda del SENIAT, recordando que los impuestos se deben pagar. Pero ver a las “garzas chusmitas” sobrevolar de un lado a otro en bandadas a lo largo del *Guaire* deviene en espectáculo gratuito y reitera en la atmósfera de la ciudad impaciente, que no todo está dicho y que el *show* debe continuar en una ciudad donde el contraste es el que manda.

Detenerse por un instante a mirar la rebeldía de este río caraqueño desde cualquier lindero de la autopista en su presuroso cauce, marea. Impetuoso, va en oleadas cortas y rápidas de agua turbia que empujan a las otras que se atrasan. Sobre su regazo van flotando las botellas plásticas de refrescos, muchas, indicadoras de toda la *Coca-Cola* que se bebe en la ciudad.

Pero el río Guaire también es confidente de quienes, ni siquiera tienen para pagarse una *Moisés*. Allí, están, a la buena de Dios y de la calle, debajo de los tramos de la autopista, su techo. Aquí también se vive a la buena y a la mala de Dios, pero a la intemperie, y no por eso le guardan rencor a la existencia. No hay quejas, están conformes

con la vida y con su conciencia, así como Eduardo Arévalo, con pocos dientes y algunas cicatrices en su cuerpo.

Eduardo, expresidiario del demolido Retén de Catia, viene de ser jefe en el infierno. Tras las rejas era líder. Por estos tiempos es recogelatas –reciclador de aluminio– y vive debajo de la autopista, desde hace 11 años, en el distribuidor Ciempiés, a pocos kilómetros de *La Moisés*, junto al Guaire; allí, en lo que para muchos es nada, pero para él, lo es todo, rodeado de sus preciados trofeos: un par de botellas de caña clara que lo nutren en su tiempo libre, mientras mira los carros estacionados en el tráfico de la ciudad.

A los ocho años quedó huérfano. Entraron a su casa, mataron a su papá y se fueron. Más tarde, él, personalmente, se encargaría de cobrar esa deuda que le dejó la vida. Un buen día salió, buscó a quién le arrebató a su padre y lo mató. Cuando lo fueron a buscar, no se resistió: “Sí, yo lo hice”. Pagó catorce años de cárcel por homicidio. Salió en libertad en 1999 y desde entonces vive al margen del río y de la vida y es feliz.

El Guaire nació en las Adjuntas, su extremo más occidental y finaliza cuando decide unirse al río Tuy, al sureste de la ciudad, mientras divide a la ciudad en dos: el norte y el sur. El origen de su nombre, si bien epónimo indígena, nunca ha estado muy claro. Para algunos estaría relacionado con el nombre popular del valle de Caracas que, en el pasado, en tiempos de la colonia, fuera llamado por los españoles el “valle de San Francisco” o “los valles del *guaire*”, designación que podría vincularse con el nombre indígena del cerro El Ávila, *Waraira Ripano: Guaire, Waraira*, el valle del *Guaire*; la *Sierra Grande*, pues, tal como los indios *mariches*, sus primeros habitantes, reconocían a la montaña que separa el valle de Caracas del litoral, por la generosa cordillera de la costa.

Hasta finales del siglo diecinueve este río caraqueño fue cristalino, generoso proveedor de agua para la capital. Desde entonces, con la instalación del sistema de cloacas y alcantarillas en Caracas, como drenaje para las aguas negras, pasó a convertirse en el gran reservorio de los excusados capitalinos al recibir 18 mil litros por segundo de aguas servidas que durante períodos lluviosos intensos, aumenta su caudal hasta el desbordamiento, especialmente en su extremo este: Petare.

Con la ilusión del saneamiento del principal río caraqueño, en agosto de 2005, el presidente Chávez anunciaba que en un año, más tardar, estaría bañándose en el río Guaire y comiéndose un sancocho. Cuatro años después, no ha sido posible reivindicar al principal río caraqueño y recientes anuncios oficiales han pospuesto esa invitación para el año 2014. El sancocho tendrá que esperar.

El destino de las más de 200 pensiones de la parroquia San Juan luce incierto. Desde arriba, el gobierno anuncia medidas, que terminan quedando en el aire, en la “intención de”. Mientras tanto, los dueños de estos hospedajes y sus inquilinos se debaten en la incertidumbre. En junio pasado el presidente Hugo Chávez anunció la posibilidad de convertir algunas en “casas de parturientas”. El mensaje fue claro y con amenaza de expropiación de por medio. Ese día el primer mandatario se dirigió a “los ricachones” dueños de estos albergues urbanos: “Estoy dando una orden. Pensiones que haya en este país, cuyos dueños no den la cara para tratar con ellos sobre cuánto cobran a la gente, deben ser expropiadas. Más nada, eso es todo”, dijo.

Y para más señas, Chávez completó desde la tesis “socialista”: “Hay muchas casas de pensiones donde le cobran a una persona por un cuarto hasta mil bolívares mensuales, sin comida ni nada, sólo por dormir ahí. Y los dueños viven en Europa o en Estados Unidos”. Evidentemente este mensaje oficial no estaba dirigido a *La Moisés*, “la más barata de Caracas”, cuyo costo mensual es tres veces menos a la referencia del presidente, es decir, 300 bolívares mensuales.

Porno querer

Muy cerca de *La Moisés*, a unas cuadras, está el *Teatro Urdaneta*, nombre en honor al prócer zuliano de la independencia, Rafael Urdaneta, el mismo que fuera presidente de la *Gran Colombia*, un proyecto de Estado suramericano del siglo diecinueve, que estuvo conformado, a partir del sueño bolivariano, por Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá.

El *Urdaneta* al igual que la pensión de “los abuelos” también es el cine más barato de Caracas, el primero, hoy en día el único cine especializado en películas pornográficas de la ciudad. En la oscuridad de la sala, mientras los reflejos de las imágenes se meten por las pupilas de sus espectadores y golpean sus rostros al trasluz, no sería difícil descubrir a alguno de los inquilinos de *La Moisés*.

Alguna vez de estilo ecléctico, ubicado en la avenida Sur 8, entre las esquinas de Puerto Escondido y Puente Nuevo de la parroquia San Juan, fue fundado en 1951. Era la década del auge de las salas de cine en Caracas, en el centro sur de la ciudad, pero también de la llegada en 1952 de su hermana menor, la televisión, que vendría a quitarle el protagonismo absoluto como diva de la imagen.

En la parte superior de su fachada discreta, un cartel opaco en fondo amarillo y letras negras, que fue lumínico alguna vez, pero que ya no enciende durante la noche, exhibe su nombre: *Teatro Urdaneta*. Ese es, el mítico, el legendario, el decano del porno en pantalla grande de Caracas.

Hasta hace 6 años este cine compartió su público espectador con el *Teatro Central*, que estaba ubicado en la esquina de Ibarra, en la avenida Urdaneta, del casco central. Ahora, es el último de los mohicanos que lucha por seguir cautivando a los corazones solitarios desde las calientes escenas xxx.

Por estos días, el *Teatro Urdaneta* de fachada blanca y azul pastel, enterrado en un viejo edificio de dos pisos, se mantiene intacto a juzgar por su pantalla que sigue encendida

pero con la huella indeleble del pasar de los años, en el que el mantenimiento es escaso por estos días del siglo veintiuno.

Con capacidad para 503 butacas, en sus dos niveles, balcón y patio, ahora sólo está disponible el piso de abajo. Suficiente para, a duras penas, mantener esta sala que ya tiene 59 años de existencia y que siempre ha pertenecido a un mismo grupo familiar del que poco se sabe. Así han ido las riendas del teatro a lo largo del tiempo, de generación en generación.

Si tiene suerte y sigue sobreviviendo a la mella del tiempo y al sexo que ya se mira por internet, el cine *Urdaneta* podría superar el riesgo de ser expropiado, utilizado como un depósito urbano de cualquier cosa o, en el mejor de los casos, comprado por una iglesia evangélica pentecostal para alimentar la fe. Ya ocurrió con el emblemático cine *Broadway* de Sabana Grande o el viejo cine *Lincoln* de Prado de María, ambos fundados el mismo año que el Urdaneta, ahora venidos a templos evangélicos, porque la fe mueve montañas pero también se cultiva en la pantalla grande.

Lo extenso que es el sexo

Es lunes popular y la entrada cuesta la mitad, cinco bolívares. Es el día de más afluencia de público. La función siempre es continuada, desde las doce del mediodía y hasta las ocho de la noche, generosa para quienes disponen de ganas suficientes para saciar sus ganas. Se podría decir que cada cinco minutos llega un espectador, sobre todo si es lunes popular.

La antesala de este cine no tiene mayor despliegue, es más bien discreto. Una cartelera explícita y a *full color* al lado de la taquilla muestra el *film* de hoy: "*Anal Fever*", parte cuatro. En realidad, pocos, se detienen a ver el menú de hoy. Eso no importa, lo que sea funciona para drenar. La taquilla es cerrada, sólo cuenta con una pequeña ranura por la que se ingresa el dinero. Inmediatamente se recibe a cambio un boleto que lo conducirá hacia el goce íntimo a oscuras, pero compartido con el resto de los espectadores. Por si acaso el pudor del cliente, no es posible hacer contacto visual con quien expende el boleto

del otro lado de la ventanilla reflectante. En la parte de arriba un pequeño cartel con el precio: “Martes a domingo Bs. 10”: es el cine “más barato de Caracas”.

Muchos de los que asisten al *Teatro Urdaneta* no son sanjuaneros y eso lo sabe el portero. Trabajan o residen en otros puntos de la ciudad. Hombres, en su mayoría, por no decir todos, diferentes edades. Aquí se congregan solteros, travestis, homo y bisexuales. Una que otra pareja heterosexual, muy pocas a decir verdad, muchas del mismo sexo. Estos son los asiduos espectadores del primero, el único y el inigualable cine porno de la ciudad, el más barato de Caracas, más barato que un hotel.

Los solitarios de la tercera edad, los abuelos, también acuden regularmente a este cine xxx. Un hombre de *La Vega*, de 84 años, asiste religiosamente todas las semanas. A eso de la 1:30 ingresa. Sale dos horas después.

Cada quien llega a la taquilla, compra un *ticket*, camina tres pasos. A continuación, el portero, le corta la mitad del boleto para permitirle el ingreso. De allí, directo a saciar la mirada y las pulsiones. Comienza la acción, quién sabe por cuántas horas.

Darle rienda suelta al instinto frente a las escenas de sexo continuadas en medio del resplandor de la película en pleno desarrollo, es algo que se asume a gusto de cada quien. Unos miran, pero muchos se masturban, otros intentarán seducir a “otros”, rozándole la pierna primero o susurrándole algo al oído, para luego hacerle sexo oral o masturbarlo. Para mayor privacidad está el baño que también funciona para una mejor interacción. En el ínterin, es probable que haya riñas en la sala entre travestis que se pelean por el cliente y se vean obligados a abortar el cine.

Por la propia seguridad de los espectadores no está permitido ingresar con bebidas alcohólicas y menos si la botella es de vidrio. Pero un vigilante de origen maracucho, otro de los clientes frecuentes del teatro, prefiere violar esa norma. Siempre asiste con una botellita de agua mineral pequeña que llena de alcohol y que sabe esconder para que el portero no se la vea. Durante el clímax, al vigilante le gusta pararse de su asiento y ponerse a caminar por todo el cine mientras drena hablando solo. Esta tarde, ha llegado otra vez,

con la camisa azul que lo delata como sereno y que se quitará justo antes de traspasar la vieja puerta de madera que lo llevará a las entrañas de su placer.

El portero del cine *Urdaneta* tiene 10 años en ese oficio, y no duda en advertir su parecer respecto a lo poco pudorosos que pueden llegar a ser los cinéfilos hoy en día. Por eso habla con el corazón: “El sexo es tan extenso que ni usted ni yo podemos entenderlo. Si se masturban en el cine *Baralt*, que pasan puras películas de *Bambi*, ¿no se van a masturbar aquí?”, afirma sin mayor asombro.

No sólo para caballeros

Pepe Alemán, muy cerca de *La Moisés*, es una de las esquinas de San Juan, se llama así desde 1906 por un personaje popular de la zona que tenía ese apellido y esta coordenada caraqueña del centro de la ciudad, así lo recuerda hoy.

Antes se le conoció como esquina Amaro, por Juan Amaro Pérez, un personaje del sector que propuso abrir un camino carretero a la Guaira desde Catia y cuya idea se concretaría tiempo después en la carretera vieja Caracas- La Guaira. El señor Alemán podría haber sido Las calles de San Juan, en sus tiempos fundacionales, sirvieron también para hacerle frente a los piratas que asediaban la ciudad. Las fortificaciones de entonces contaban con unos puestos de observación desde donde divisaban a los invasores que atentaban contra la provincia, era una garita; hoy, la esquina de Garita.

En la casa número 25, entre las esquinas de Pepe Alemán a Garita, en San Juan, funciona una de las muy escasas pensiones de mujeres de la zona. La gente del sector la conoce como “la casa de las prostitutas” porque casi todas las que viven allí se desempeñan en este oficio en diferentes bares y *night clubs* de Caracas. En la pensión duermen de día. En la noche, salen a trabajar.

Después de trabajar en los locales consintiendo a sus clientes, regresan a la pensión a bordo de un *taxi*, casi siempre de madrugada o en las primeras horas de la mañana, luego

de una jornada intensa. A esa hora, casi siempre llegan ebrias o vomitando por culpa de los tragos, el cigarrillo y demás estimulantes con los que les toca ganarse el sustento.

A diferencia de la pensión de los abuelos, en esta casa de habitaciones, por razones obvias, no está permitido el ingreso de hombres. Pero no ha faltado quien haya metido a su pieza a uno que otro acompañante, eso sí, a escondidas. Aquí se vive bien, sin las carencias de *La Moisés* pero con la misma soledad de compañera.

Las 93 habitaciones son amplias y se limpian periódicamente. Se puede recibir llamadas en la recepción. Tienen caja fuerte para resguardar las cosas de valor, esas que no existen en ningún recoveco de *La Moisés*. Y en general todo luce aseado, en orden.

Pero como a la norma la persigue la excepción, en esta pensión de mujeres el único inquilino hombre es Luis Enrique, un peruano que trabaja en la zona como buhonero alquilando teléfonos para llamadas en un tarantín ambulante. Es un hombre discreto, siempre luce arreglado, ropa ajustada, de hablar amanerado. Cuando Luis Enrique llegó a la pensión hace doce años pagaba 35 bolívares mensuales, hoy paga 600, veinte bolívares diarios, el doble de *La Moisés*.

En la casa número 25 ninguna de las mujeres reconoce públicamente ser prostituta. No. Son “enfermeras” o “maestras”. Pero Yadelsy, una andina de 27 años con un hijo que mantener, no tiene prurito cuando se trata de hablar del oficio más rentable con el que se gana la vida. Además, su familia sabe a qué se dedica. “Trabajo de noche”, así lo dice cuando le preguntan en qué labora.

Comenzó como secretaria, luego como promotora de productos de consumo masivo: *Plumrose*, atún *Eveba* y *Colgate*, son algunas de las marcas que representó con su esbelta figura luciendo licras apretadas con el nombre del patrocinante, silueteado en todo su cuerpo. Pero el salario no le alcanzaba y la vida, en todo sentido, sale cara, así que, por “necesidad” decidió ganarse la vida satisfaciendo a los hombres, ya no, a través de una marca, sino sexualmente, en carne y hueso. Con este oficio, gana mensualmente cinco millones que le rinden como para mantenerse ella y a su hija.

Desde hace tres años presta sus servicios en *Mi Bombo*, un bar de ficheras de la avenida Nueva Granada. Allí, a oscuras, para las miradas que la desean al sorbo ansioso del trago, se llama Kelly. A las diez de la noche comienza en su oficio de satisfacer a los hombres sedientos de placer por el que hay que pagar. Con seguridad o sin ella, Kelly regresará a su habitación de la casa 25 de San Juan, a las cinco de la mañana del día siguiente.

A diferencia de “las chicas de la noche”, Juana Bautista sí es enfermera. Con 10 hijos en su haber, desde hace 8 años Juana cuida a pacientes de la tercera edad que no pueden valerse por sí mismos. Trabaja a domicilio en zonas más acomodadas, donde también hay necesidades pero de otro tipo: La Boyera, El Cafetal o Chacao. Con dedicación exclusiva, esta enfermera de oficio, debe pernoctar durante toda la semana en la casa de sus pacientes. Allí prepara el almuerzo, cambia pañales, atiende cualquier contingencia médica primaria y de paso, soportará las malcriadeces de sus niños viejos, los pacientes de la eterna juventud.

Por eso le pagan 2.800 bolívares mensuales, de los cuales, 560 ya tiene comprometidos para el pago de la habitación. Las humillaciones en su trabajo son gratis y van incluidas en el “paquete” salarial. Con lágrimas en los ojos, lo suelta desde el corazón: “Antier se lo dije a mi hija, yo prefiero limpiar y lavar pisos a que lo humillen a uno”.

Con suerte, durante la semana en la que se interna en casa de sus clientes, Juana tendrá derecho al almuerzo, pero no siempre la suerte consigo y debe arreglárselas. “Yo soy mala pobre. Los que trabajan tienen derecho a comer”, dice.

La vida no deja de estremecer mientras sigue girando entre el bien y el mal. Dos de los diez hijos de Juana partieron antes de tiempo y no hay nada más duro que enterrar a un hijo. Al primero se lo mataron en la avenida Andrés Bello para quitarle un paquete de harina de maíz *Pan* y un *Nestum*. Le dieron siete tiros y de ñapa una puñalada. Al otro, lo despacharon un diciembre en Barquisimeto para robarle los juguetes que le había comprado a sus hijos de regalos del niño Jesús.

Juana regresa a su pieza de la pensión los fines de semana para recargar energías. El lunes le toca difícil, una paciente que, según ella, pesa 250 kilos, a la que hay que cambiarla y bañarla. Le tocará fuerte, como la vida.

Pero Juana no deja de sentir nostalgia por su tierra, de la que se marchó hace tiempo, a cambio de un porvenir en la capital. “Si no fuera por el trabajo, yo estuviera en Caripito”, allí donde tiene un ranchito de zinc con televisión por cable y teléfono, cosa que no tiene en la pieza de la pensión número 25, de Pepe Alemán a Garita.

“La más barata de Caracas”

“No incista, no se presta el baño”, anuncia un cartel a marcador en la puerta metálica de *La Moisés*, una casa sin número, más bien un galpón de dos pisos, fachada rústica, color gris, entre las esquinas de Puente Nuevo a Quebrado, parroquia San Juan, casco central de Caracas.

Desde la recepción, ya comienza el tributo a Dios y a la fe, como en muchas de las viejas paredes beige, marrón y azules de *La Moisés*. Una primera calcomanía “Mi negocio es próspero porque mi socio es Dios”, es el primero de los tantos mensajes cristianos. Y es que Teresa Peralta, la encargada de cobrar a los inquilinos, es evangélica.

Una vez abierta la puerta, el ingreso se hace a través de un primer pasillo color beige y marrón, el primero de varios a lo largo y hacia el fondo de la casa de habitaciones, suerte de pasadizos. Es una pensión exclusiva para caballeros, las damas, no pueden ingresar.

En medio del *smog* propio de la zona y entre los altos edificios residenciales, cientos de mariposas color amarillo revolotean sin parar. Aletean por la Sur 10 en medio del tráfico y ante la indiferencia de los transeúntes del lugar. Allí van, de un lado a otro, en silencio. Suben, zigzaguean y vuelven a bajar. Como si celebraran la vida que los humanos parecen olvidar.

Las mariposas en la capital son un claro termómetro del comienzo del período de lluvias en el mes de julio. En Venezuela se ha confirmado la presencia de más de dos mil especies diferentes de mariposas que le permite lucir el *ranking* mundial de ser el quinto país con mayor diversidad de este insecto. Piéridos o *pieridae*, por su nombre científico, es la mariposa amarilla que planea por la ciudad indiferente que es Caracas y según refieren los expertos en insectos, los entomólogos, podría migrar a la ciudad desde la zona de Barlovento en el estado Miranda, al ritmo del viento metropolitano que sopla de este a oeste y la parroquia San Juan está en el oeste.

Como en la guerra y la necesidad, la fe no puede faltar. Para eso está el “Ministerio Apostólico Internacional Fuerzas del Búfalo”, una iglesia evangélica que predica en una vieja casa, larga hasta el fondo y con aire acondicionado, bueno para matar el calor de afuera y drenar la oración durante las tardes, mientras se aplauden las arengas del Pastor.

Con la noche llega la prisa que comienza a recoger a la gente de la zona. Es la hora de la desconfianza y el caminar apresurado cuando la oscuridad se presta para todo, en medio del jibareo cotidiano. Entonces San Juan se empeña en mostrarse inseguro para cualquiera, especialmente para los que no son de la zona que fácilmente son identificados por la gente del lugar.

La calle de Puente Nuevo a Quebrado se las trae, hace poco sentenciaron a muerte a un hombre en esta calle de hospedajes. Por eso, de noche, al final del primer pasillo que sirve de antesala a la recepción de esta casa de habitaciones, hay un visor a través del cual, el encargado, mira por un espejo redondo, observa con el ceño fruncido, del lado acá, afuera, y decide si apretar el botón que abrirá una puerta rústica de metal que dará ingreso sólo a los inquilinos de la Pensión *La Moisés*, “la más barata de Caracas”.

Seguro está el infierno

“La más barata de Caracas” no es un simple lema de Rafael Figuera, el encargado de esta casa de habitaciones. Es una realidad. El costo por día de la pieza en *La Moisés* es de 10 bolívares. Hay comodidades, se paga quince y último, semanal o diario, según el bolsillo del huésped, porque la cosa no está fácil. Y es que, para muchos, no es tan sencillo de reunir, porque además, tienen que comer.

Los inquilinos de esta pensión, mejor conocida como la de “los abuelos”, hacen el esfuerzo de pagar puntual, pero inevitablemente se atrasan. Figuera suele ser comprensivo: “Se entiende porque uno también ha pasado necesidad”. Las malas mañan de otros hospedajes donde lo ajeno es lo más preciado no se ve en la pensión de los abuelos. “Aquí, pa` que se pierda algo cuesta una bola. Aquí no se ven los cuchillos de otros sitios”,

completa el encargado, en alusión a algunos hospedajes de la zona que sirven de guarida a quienes tienen cuentas pendientes con la justicia.





Olor a olvido

Puertas adentro, por sus angostos y largos pasillos, van las piezas. Una a una, frente a frente: 80-81-82, hasta llegar a la número 100, capacidad máxima. Entren que caben 100.

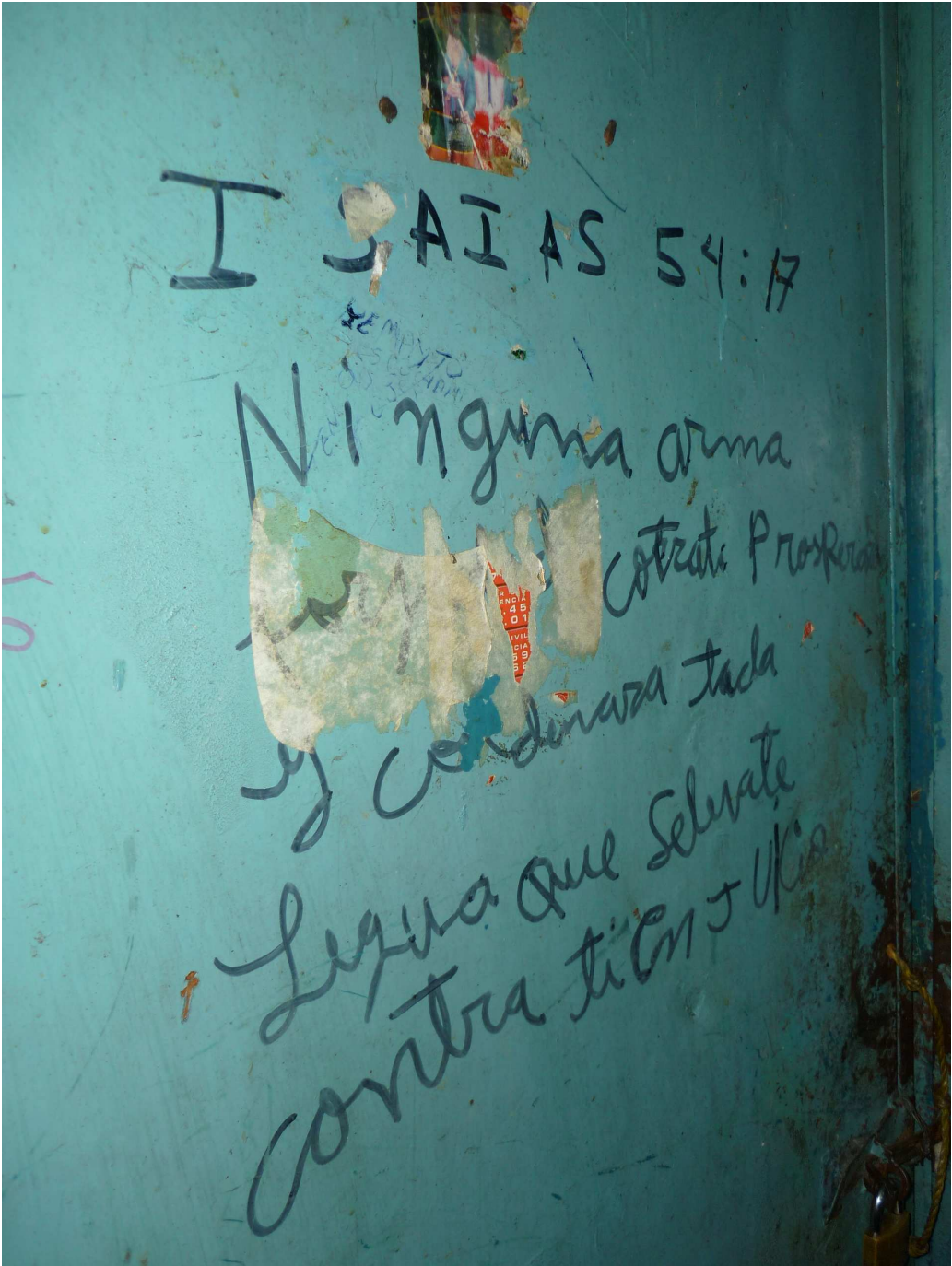
El galpón donde sobrevive esta casa de habitaciones fue hasta mediados de los años sesenta una panadería, la *Panificadora Miranda*, propiedad de Donato, un italiano. Al morir, sus dos hijos quedaron a cargo y decidieron luego, en ese mismo espacio, donde estaban los hornos panaderos, montar una estructura de dos niveles, con habitaciones para alquilar, que llamarían como el mítico profeta judío, alabado por el cristianismo y el Islam: Moisés. Hoy, es la Pensión *La Moisés*, en una calle de botiquines y pensiones.

En *La Moisés*, la pieza es más que la casa, es una razón de ser. Sus habitaciones, de puertas metálicas cerradas con candado y cadenas, son de un metro por uno y medio. Hace calor y la ventilación de cada dormitorio, para quien no tiene la suerte de un ventilador, es a través de pequeños hoyos en forma de pequeños hexágonos. Por allí circula el poco aire hacia dentro de la pieza, aunque sus inquilinos prefieren taparlos con papel periódico embojotado para evitar que pasen las moscas y los zancudos o cualquier otra alimaña, abundantes en este viejo galpón. A las ratas les encanta asomarse por los huecos de las habitaciones en busca de algo que comer.

Muchos son los olores de *La Moisés*. Sus pasillos y especialmente, las diminutas habitaciones huelen rancio, a sudor, a colchón sudado, a sábanas que hace tiempo no se lavan. Aquí, huele a olvido puro.







Racionando la pobreza

Segundo pasillo, a la izquierda. Una larga batea con varios tubos en el que se lee una hoja escrita a mano: “Por favor, economice agua. No lavar, de lo contrario quedan sin agua. Atentamente, La Casa”. Es el múltiple lavadero general, que bien funciona para cepillarse los dientes, restregar un interior –calzoncillo- sucio o lavar un plato después de la comida que, para algunos, con suerte, podría llegar a una ración por día.

Pero también hay reglas como en el cuartel. Después de las doce de la noche está prohibido salir de esta casa de habitaciones y, si alguno de los inquilinos lo hiciera, no podrá ingresar otra vez sino hasta las cinco de la mañana del día siguiente. Cada quien, por seguridad, sólo tiene llave del candado de la pieza.

En *La Moisés* se raciona la luz y el agua todos los días. Está prohibido el uso de cocinitas eléctricas dentro de las habitaciones. Sólo pueden usarse a gas, de bombona; eso sí, dentro de la pieza, casi siempre, vigilando sus sueños, allí, al lado de la colchoneta hundida a más no poder. Los inquilinos lo saben y lo respetan con la disciplina de un regimiento. La escasez del trajinar hace que cada uno concientice sus inocultables limitaciones, como un *chip* de racionamiento de su propia existencia.

Es de tarde y por los pasillos hay quienes caminan en cholas con la toalla amarrada a la cintura después de bañarse. Si algo tienen los inquilinos de esta pensión es que, dentro de todo, se respetan entre ellos. Una que otra discusión de vez en cuando pero no pasa de ahí. Aún sin tener mucho contacto entre sí, la camaradería es un valor de convivencia para hacerle frente a la vida, que los lleva a compartir un plato de comida cada vez que se puede.

Adentro no hay prisa. La vida agitada de la Caracas del centro de la ciudad, parece diluirse adentro. Aquí se vive con parsimonia, sin prisa, con carencias; pero con fe. El tiempo para los 90 inquilinos de *La Moisés*, casi todos de la tercera edad, transcurre lentamente, mirando la televisión o escuchando la radio. Viejos que parecen olvidados por el tiempo y sus familias.



“Échale agua, hijo de Dios”

Al fondo, al final del largo pasillo de la casa, está el baño común. Dos pocetas (excusados) sin tanque ni tapa, sólo el retrete para sentarse y un par de regaderas con cortinas de plástico floreadas para bañarse funciona para los 90 inquilinos. El papel periódico en las papeleras delata que muchos se limpian con las noticias del día luego de hacer sus necesidades. Varios mensajes a marcador hacen el recordatorio necesario para quienes van al baño: “Échale agua, orinar o cagar” y otro que lo reitera invocando al ser supremo cuando se pierde la paciencia: “¡Échele agua, hijo de Dios!”, y es que los retretes de esta pensión se llenan a punta de balde. De eso se encarga Manuel, del trabajo sucio, a quien le pagan por eso, porque ningún inquilino lo hace.

Los oficios de quienes hacen vida en *La Moisés* son tan variados, como necesidades hay, casi todos vendedores ambulantes: Heladeros, panaderos, cafeceros, vigilantes, mesoneros, jardineros, cachaperos, carameleros, músicos de propinas, mandaderos, y los indigentes que nunca faltan.

Frank Mosquera, ecuatoriano y quien más tiempo tiene en la pensión – 34 de sus 60 años de edad, vende periódicos por los alrededores de la Plaza Caracas, una de las más grandes de la ciudad, inaugurada en 1983.

Por los 12 mil metros cuadrados de extensión de esta plaza capitalina, frente al “Genio”, un busto de Bolívar -réplica de la obra del escultor español Victorio Macho- que mira inmutable hacia el lado más oeste del centro, Mosquera sale todos los días a vocear la noticia del día. Con una veintena de ejemplares encaramados en su hombro izquierdo, va repitiendo, casi en prosa, el titular del día, mientras se mueve con caminar pausado, por el generoso piso de baldosa marrón de la plaza.





Chacín, el cascarrabias

Sábado en la noche de mediados del año 2008. Por la puerta entreabierta de la habitación 94, se fuga el olor de un café recién colado. Ángel Chacín está sentado en su delgada colchoneta, inclinado hacia el piso. Frente a sí, un plato de metal con una arepa y trozos de queso rallado, apoyado sobre una lata, su suerte de mesa improvisada.

Dentro de la habitación, sólo dos accesorios tecnológicos del siglo 20 ocupan el reducido espacio: un tocadiscos al que sólo le funciona la radio y un pequeño televisor marca *Sanyo* blanco y negro. Chacín tiene 69 años y es uno de los 90 inquilinos, por fortuna pensionado del seguro social. Reconoce que por una “rabieta que agarró” hace tiempo, quedó ciego de un ojo.

Del techo rústico de la habitación, a lo largo de un tubo improvisado, penden dos pares de medias deportivas y un interior rojo que intentan secarse al calor natural de las cuatro paredes. Un cartón sujetado al mismo techo por cuatro mecates funciona como despensa en el que hoy tiene sólo dos latas de leche, vacías, y un tubo de pasta dental.

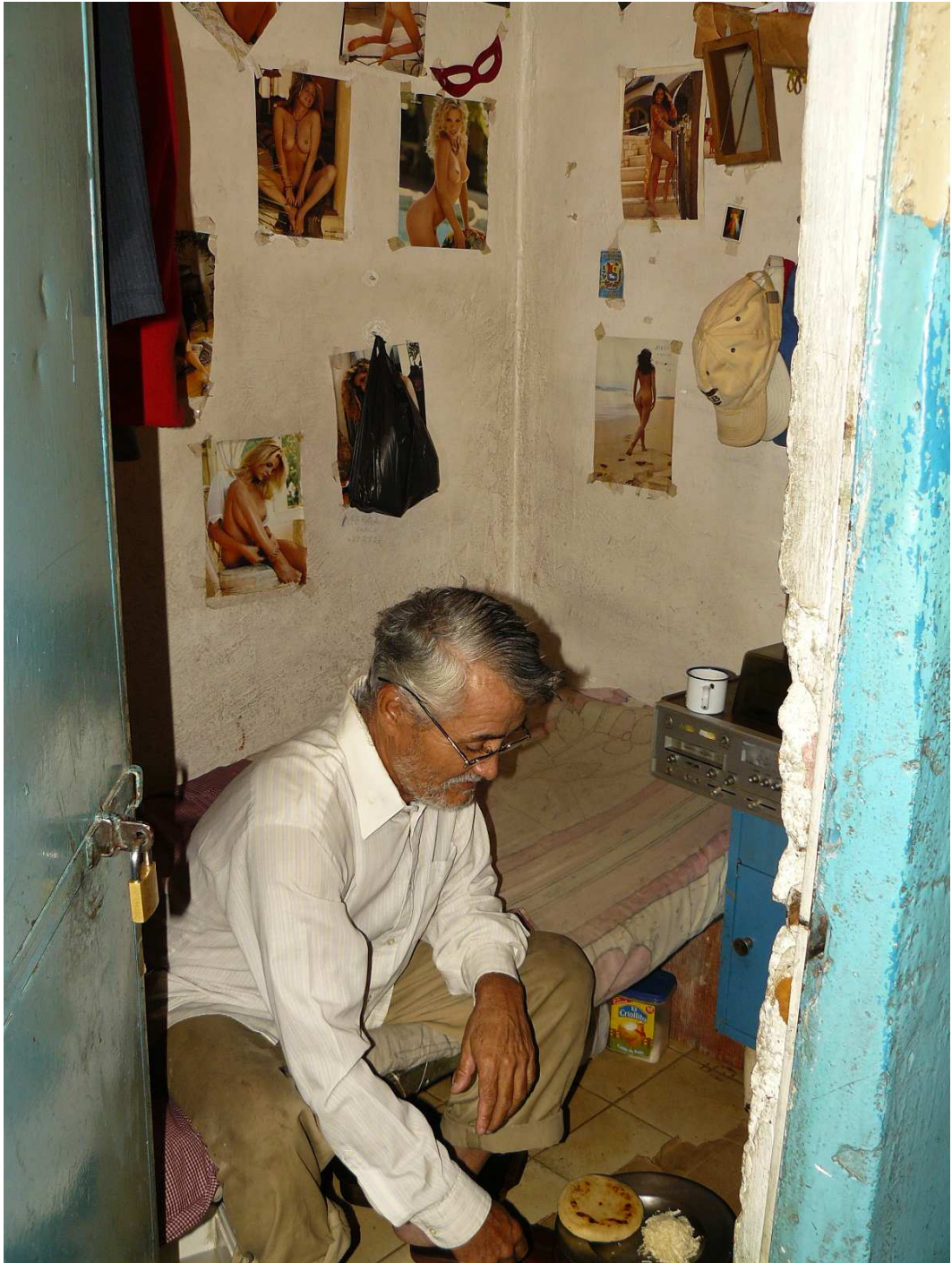
Chacín cuenta que se divorció hace veinte años. Tiene cuatro hijos que viven en Maracay con los cuales poco o nada comparte. Pero a su edad, desde la dictadura de su propia soledad, este pensionado no está tan solo. En la desgastada pared de la diminuta habitación, 14 afiches de conejitas *playboy* lo acompañan y seducen noche tras noche.

Hace tiempo que no consigue trabajo. Pero no pierde tiempo y se apresura a dar consejos desde su propia experiencia: “La vaina está jodía. Pa poder vivir en este país, hay que bailar pegao”.

Este pensionado, ciego de un ojo, sabe que se aproxima la despedida y saca del fondo de su delgada colchoneta un libro: “Manifiesto para la liberación de la mujer”, por Victoria Sau. “Si quieres te lo llevas, ya lo leí”.

Hace poco Chacín se fue sin despedirse. Se llevó todas sus cosas. Siempre de cascarrabias, se molestaba por todo y, además, parece que le gustaba el aguardiente. Varias veces lo robaron en la calle, luego de libar hasta más no poder.

No usaba teléfono celular pero con “chocancia” siempre presumía que tenía “real”, dicen en la pensión. En la pieza, con la puerta cerrada, se ponía a simular que hablaba por teléfono y soñaba despierto que era un gran empresario con muchas propiedades: “Aló, sí...Párenme la avioneta allí.”.



Buhonero de retrovisor

Relojes de pared, repuestos de carro, televisores viejos, radios, artefactos dañados, todos usados, entre muchos otros, son algunos de los tantos objetos que abundan en la pieza de Orlando Véliz, un cumánés de 63 años que se vino a la capital cuando tenía dos años, en busca de la abundancia que siempre prometen las grandes ciudades y que no siempre cumplen.

Un retrovisor de *Fiat* guindado en la pared de la pieza 62, es el espejo en el que se mira todos los días este trabajador de la economía informal y que no pierde la oportunidad para vender cada vez que puede.

Orlando es buhonero de cualquier cosa usada por la que pueda recibir algo a cambio. En honor a su oficio, la pieza está llena de peroles regados por todos lados que se la pasa arreglando para salir a vender al mejor postor. Es buhonero de cachivaches usados por la plaza Caracas, muy cerca de la pensión.

Los artefactos que la ciudad tira a la basura en su deseo de consumir más, son la materia prima del negocio de venta que mueve a Orlando por las calles del centro de Caracas. Como muchos en *La Moisés*, el azar es el que dirige el rumbo de su vida, del perol que venda o deje de vender, su mejor compañía en la intimidad de sus cuatro paredes con techo de asbesto y puerta metálica con candado.

—Mira, vale, ¿No hay posibilidad de una vivienda? Algo más digno.

Es de noche y luego de un día difícil en el que no vendió nada, limpia un cuadro corporativo de los años ochenta, enmarcado en rojo, con el logo de una empresa de informática: *Data System*. Lo dejaron tirado en la calle y Orlando lo recogió. Mañana temprano saldrá a venderlo. Pero antes, no pierde tiempo para ofrecerlo.

—Cincuenta pa' usted, bachiller. Cualquiera lo compra pa' una oficina y se lo vacila.

Cafecero “a su orden”

Tamar Antonio Albornoz, “a su orden”, gentil y buen conversador, “cafecero” ambulante por los lados de Quinta Crespo, La Hoyada y el Palacio de Justicia. Alto y negro retinto como el café que sale a vender.

Son casi las cinco de la tarde y su jornada está por comenzar. Mientras se cuele el café en una cocina eléctrica improvisada que tiene en la pensión, aprovecha y lava en la batea los tres termos de un litro con que saldrá a ganarse la vida hoy en la hora pico de la tarde. Otro de los inquilinos que sale de su habitación, aprovecha y le pide uno con tiempo: “Bueno, cafecero, yo quiero un café”. Tamar, bien dispuesto, con su dedo pulgar grueso, presiona dos veces la tapa a presión del termo de plástico, que sirve inmediatamente el cafecito sabor a pensión, en un vasito plástico.

El cafecero de *La Moisés* tenía casi 30 termos de un litro cada uno con los que salía a trabajar, a ganarse el pan. Hoy, sólo tiene tres porque la Policía de Caracas se los decomisó. Por eso, Tamar prefiere el horario vespertino para ganarse la vida. “A mí me gusta trabajar en las tardes, hasta las nueve de la noche, porque en la mañana, joden mucho”.

Son casi las cuatro de la tarde y en breve, el cafecero regresará por los lados de La Hoyada a vender su guayoyo, a 1,5 bolívares, el vasito pequeño. Antes, ofrece uno, de cortesía. “Tómelo con confianza”.

Crack, el caramelero

Juan Morgado, un poco más joven que el promedio de los inquilinos de la pensión, de unos cuarenta y tantos años, sufre de la tensión y tiene una prótesis, posiblemente a cuenta de sus propios excesos. Son las cuatro de la tarde y ya se alista para ir a vender los caramelos colombianos Alcor, por los lados de la Hoyada. Por ahí, se monta en los autobuses y a vender. Es una corta jornada diaria que puede durar hasta las cinco o seis de la tarde, más tardar. La idea es sacarle provecho a las congestionadas horas pico de la ciudad para llevar algo a la pieza. “Con la venta me va bien, por lo menos me da pa’ comer y pa’ pagar la habitación”.

Este buhonero de caramelos es el inquilino de la 91, una suerte de pequeño depósito que prefiere a oscuras, quizá para no terminar de reconocer cómo vive. El ingreso no está fácil, una colchoneta atravesada de punta a punta desde la puerta, impide entrar libremente. Se ingresa con la puerta entreabierta y pegado a la puerta metálica.

Asegura que es sargento retirado y se reconoce como desempleado y es que, hasta diciembre trabajó como vigilante en Altamira. Entonces, le prometieron un bono que no le pagaron y se fue, dice. Ahora, vive sólo de los caramelos...dice.

Morgado luce tranquilo, siempre habla de buena manera y convence. No es ordinario. Y desde el arrepentimiento, también confiesa lo que quiere y echa su cuento. Hace poco lo detuvo la policía porque robó un celular de una señora que estaba distraída. “Estaba allí y yo lo agarré”. La señora se dio cuenta, llamó a la policía y lo detuvieron. Lo tuvo que devolver.

Pero también asoma que conoce a gente influyente, por eso asegura que es cuñado del periodista y ahora recién electo diputado, Miguel Ángel Rodríguez. “Él no me acepta en su casa porque soy chavista. Mi hermana, que es abogada, es la esposa de él”, afirma con convicción.

Al caramelero ayer no le fue bien. Se le inflamó el colon por tomarse dos litros de leche y un cambur y no pudo ir a trabajar. “Como a la una de la madrugada estaba sentado en esa poceta, imagínate”.

Lo cierto es que Juan Morgado sigue cometiendo excesos con su vida. Consume piedra, esa que suena “*crack*” cuando se fuma y por eso, su nombre de pila: *crack*, la más rápida, la hija bastarda de la cocaína. Ninguna le gana en su deseo por llegar al cerebro: ocho segundos. La más barata, la del pueblo; la más mortal por ser la residual, la escoria de las drogas más finas que consumen los de mayor poder adquisitivo.

Este caramelero también hace mandados. Hace poco lo mandaron a hacer uno y se perdió, se quedó con la plata. Desde hace un par de semanas se fue de *La Moisés*. Deambula por su cuenta, por la libre, a la buena de Dios y sus demonios, por los lados de Quinta Crespo.



“Ya Dios no lo escucha a uno”

La tarde transcurre y por la puerta entreabierta de la pieza 76 se ve a Tomás Molina acostado boca arriba, con sus dos manos entrelazadas al cuello. Con el pecho descubierto, pantalón de vestir azul y con las medias puestas, Tomás mira pensativo hacia el techo de asbesto de la pieza, mientras escucha una canción de Amanda Miguel.

A sus 59 años, Tomás acumula 759 cotizaciones en el seguro social y cuenta los días para el 19 de diciembre, cuando llegue a la edad establecida por el Estado venezolano –60 años– para el pago de la pensión de vejez. No es fácil distinguir su acento al hablar porque nació en el estado Zulia pero se crió en los Andes.

De piel blanca, bien afeitado, con rasgos de indio y nariz perfilada. Muy pocas arrugas en su rostro y un bronceado natural, ese que da el trajín del día a día. Tomás, tímido y respetuoso, aunque amigable, casi siempre sonríe, a pesar de que quedó desempleado hace poco. Por eso y quizá por más, hace tiempo que no sabe de sus dos hijos. “No los he visto más porque me da vaina ir sin nada”, confiesa.

Hasta hace un mes trabajó como obrero de limpieza en el exclusivo *Country Club* caraqueño. Y, aunque no sabe jugar tenis, en la pared de su diminuta habitación, exhibe una raqueta en su funda, colgada justo al lado de su cama de base metálica. La recogió del basurero del club donde trabajaba.

Escuchar música o ver televisión en *La Moisés* es más que un *hobby* para quienes tienen la dicha de tener alguno de estos artefactos. Es un antídoto contra la soledad. Pero a Tomás también le gusta buscar palabras que no conoce en un diccionario escolar de bolsillo. Cualquiera palabra que desconozca, con total seguridad la anotará en un papelito con el que va marcando cada una de las páginas de su pequeño y desgastado diccionario. La primera palabra que le viene a la mente ahora es “Chasco”. En breve, suelta otra: “Orar”, “Suplicar”. Tomás se pone los lentes, coloca el pequeño diccionario en la palma de su mano y de inmediato busca el significado entre sus páginas. Acto seguido, la lee en voz alta...“Chasco....Cuando uno dice: Esto es un chasco. Es un chanchullo”, dice. Tomás aprovecha y busca otra. Cortesano, por ejemplo. “Yo le pregunto a veces a los muchachos

por ahí qué es cortesano”. Con el diccionario en su mano izquierda, Tomás vuelve a leer y completa: “Cortesano es.... una mujer....palaciego....afable. Una mujer con talento y elegancia”.

La habitación de Tomás, aunque con un pequeño televisor a color, artefacto escaso en *La Moisés*, no se diferencia mucho de las otras 90 habitaciones. El alambre de un gancho de ropa que pende del techo es perfecto para sostener el vaso de plástico de tomar agua. Y si de closet se trata, el de Tomás, al igual que el de los otros inquilinos, está hecho con tubos o palos de escoba. No más de siete prendas en total, entre camisas y pantalones, están guindadas sobre su delgada colchoneta.

El disco sigue sonando y ahora es Daniela Romo quien canta: “Yo no te pido la luuuna, sólo te pido el momeeento (...)”. A continuación, Tomás piensa en voz alta desde la desesperanza y la fe, pero sin rastro de rencor: “Ya Dios no lo escucha a uno. Uno cuando cierra los ojos le pide a Dios que lo ponga a uno en algo bueno”.



Apolonio como el geómetra

“Yo serenateo”, dice con voz grave de locutor, sin más ni más, Apolonio. Así se llama, como el geómetra griego del año 262 antes de Cristo. El mismo que le dio nombre a la elipse y a la parábola. Apolonio, así lo llamaron por una costumbre familiar de utilizar el santoral del calendario, del día en que nació, el 8 de marzo.

Apolonio, el mayor de los varones, entre once hermanos, es un soltero de 58 años. Cristiano por convicción, lee la biblia todos los días, y músico de oficio a cambio de propinas. Las canciones románticas, especialmente las de Julio Jaramillo, y las llaneras de Luis Silva o Reynaldo Armas, nunca faltan en su repertorio a lo largo de sus visitas nocturnas a tascas de la Candelaria, Sabana Grande, Chacao, Los Ruices y la avenida Francisco Solano.

Para el oficio con el que se gana el sustento, Apolonio es bastante parco, reservado, de poco hablar. Luce serio. No tiene hijos, nunca se casó, no tiene novia; tampoco romances por ahí, por las tascas a las que se mete. Pero eso no le quita el sueño. Habla con parsimonia y reconoce: “Con los años que tengo...eso...yo lo desconozco. He tenido convivencias con mujeres, así, por temporadas, pero, nada formal”.

Nació en La Esmeralda, un caserío costero del centro norte del estado Sucre, parroquia Bolívar, desde donde se vino a la capital con apenas 19 años, hace 40 años. Recién llegado, trabajó como perrocalentero frente a la Iglesia Santa Teresa, en el centro. No le fue bien.

En *La Moisés* se dice que es el inquilino con más rango por antigüedad, quién sabe si por soledad. Tiene 30 años viviendo en esta pensión de la parroquia San Juan. Su pieza, tan diminuta como las demás, luce más pequeña que el resto. Probablemente por el montón de cachivaches adicionales, regados en cada centímetro de espacio, en la habitación de uno por uno y medio. Aquí no hay televisor, pero sí un viejo radio, un cuatro y su guitarra.

Martes, jueves, viernes y sábado en la noche son los días para serenatear. De resto, Apolonio, duerme en el día, lee la biblia y una que otra diligencia por ahí con la que va

consumiendo su tiempo. Los domingos, los lunes y los miércoles se los da libres, así lo decidió él mismo. Aunque, “todo depende, cuando tengo mucha necesidad, salgo los domingos y los lunes también”.

Apolonio vive, a duras penas, de las propinas que le dan, si es que le dan, los clientes de las tascas que visita. Por ahí se la pasa, serenando, local por local, mesa por mesa. Un día bueno para este músico de propinas, con suerte, puede representar 200 bolívares, luego de patear unos cinco locales esa noche. El mes pasado no le fue bien y se atrasó con la mensualidad de la pensión. “Este trabajo es una aventura. Hay gente positiva y gente negativa. Gente buena y gente mala”. Lo dice por la cantidad y la calidad de las propinas. A veces, “se hacen los locos” y no le dan nada o le dan muy poco.

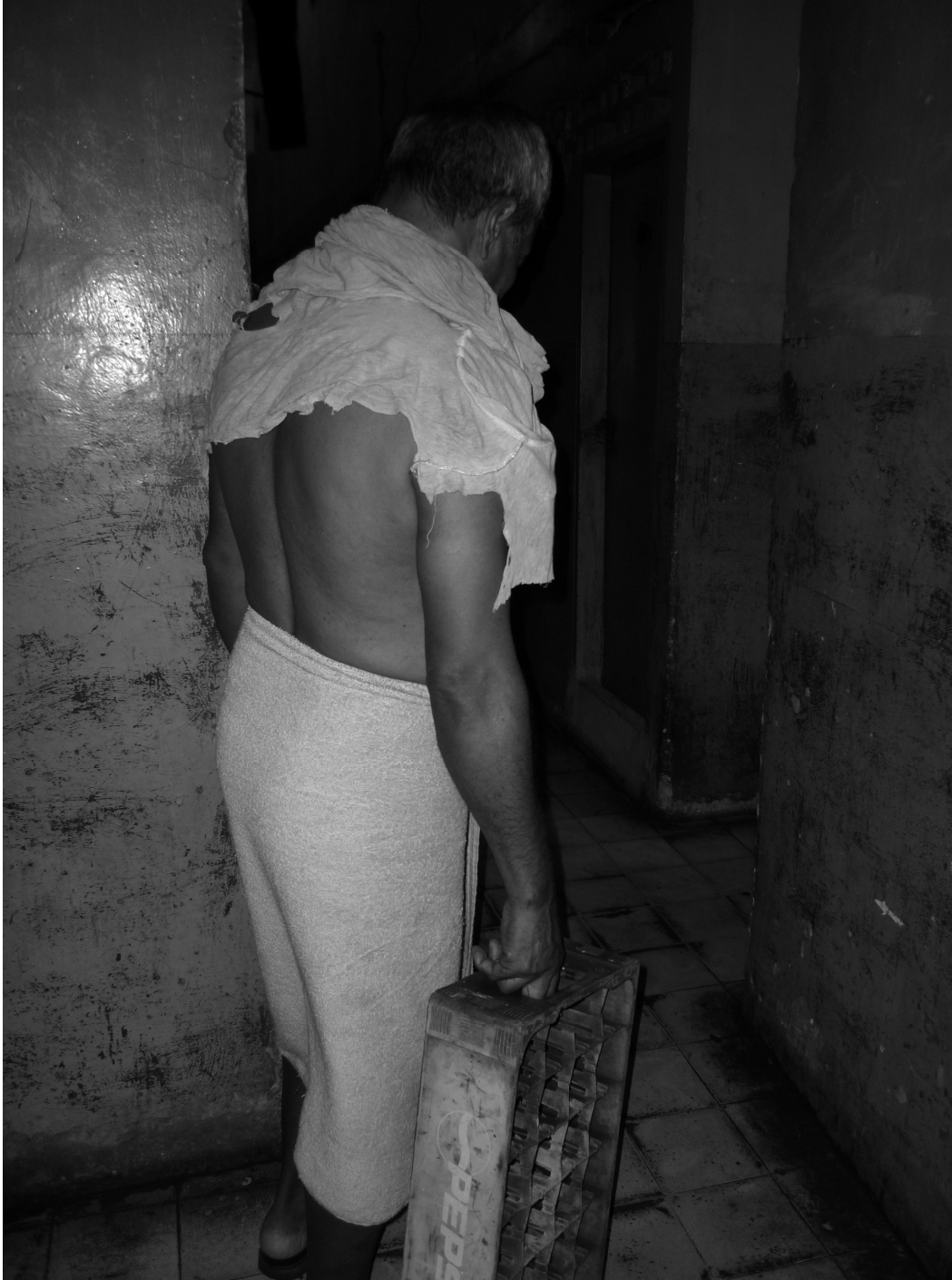
Son las seis de la tarde de un martes y Apolonio ya comienza a alistarse para la jornada de esta noche. En cholas de plástico y con su toalla amarrada a la cintura, agarra su gavera de refrescos vacía, sobre la que montará sus pies descalzos bajo la regadera, no vaya a ser que agarre una infección. Luego de ducharse, como buen cantante, debe afinar su voz. Se va al pasillo donde está la batea general y frente a ella, de pie, toma varias gárgaras de jengibre y limón. Listo. Ahora: “A ver qué me repara el Señor”. Hoy piensa ir por los lados de la Candelaria y Chacao. Una jornada que puede extenderse fácil, hasta las once, o doce de la noche, según como esté la cosa. Luego, regresará a *La Moisés*, en camioneta (autobús).

Ya en el sitio, entra al local, echa un vistazo y camina mientras va midiendo el ambiente, porque, “si no hay ambiente, no hay nada” y eso significa más o menos propinas. Comienza la función. Con su guitarra clásica pegada al pecho, mástil en alto, podría iniciar por ejemplo con “Nuestro Juramento”, de Julio Jaramillo, la que más le piden; el eterno “Madrigal”, o tal vez, algo de Los Panchos; un Luis Miguel; depende, depende del ambiente. Apolonio interpreta la pieza. La toca y la canta, mesa por mesa, cliente por cliente. Mientras, va observando la reacción de los comensales de la tasca.

En el oficio de Apolonio, puede haber mucha indiferencia en el público, pero siempre o casi siempre, no faltará una que otra pareja, uno que otro animado, en la mayoría de los casos, con traguitos demás, dispuesto a cantar con él. Allí se detendrá Apolonio. Terminará la canción, a dúo o dedicada. Complacerá peticiones adicionales, si las hay, y por supuesto, claro está, esperará la propina: su pago.

Luego de 30 años en *La Moisés*, Apolonio no pierde la esperanza de irse a vivir a otro lado. Pero de algo, está seguro: “Yo digo que en la vida cada uno corre con su suerte”.





Un brasilero que no aprendió a robar en Caracas

Casi nunca sale en las mañanas porque: “hay días en lo que yo no me puedo salir de la cama. Hay días, en los que no puedo respirar. Hay días en los que tengo que salir corriendo de aquí al Hospital con esa máscara porque me estoy muriendo”.

Pieza número 88, puerta vieja de madera desgastada color verde, con candado. Al final de todos los pasillos de *La Moisés*. Al final de todo. En esta habitación el olor a rancio de casa de hospedaje es más concentrado, más húmedo; más evidente, en todos los sentidos.

Piso rústico, roto, ennegrecido por el sucio. En las paredes ya casi no se distingue el azul celeste, parecen quemadas por la mugre. Una bolsa anudada que guinda del techo le funciona como despensa para conservar uno que otro pan lejos de las cucarachas. No hay mobiliario, no hay más nada, salvo decenas de periódicos amarillentos apilados en el piso, a un lado de la cabecera de su cama. Allí duerme con el ceño fruncido y en posición fetal Afonso Moreira. Duerme profundo, vestido: camisa azul oscura, de varias puestas, pantalón gris de vestir desgastado y zapatos marrones a trenza, desamarrados.

Del techo, cuelga en ganchos una muda de ropa de unas cuantas camisas, menos pantalones. El colchón desnudo, sin sábanas, amarillento, colmado de manchas, es más bien una mugre. Del resto, cinco inhaladores de *amoxicilina* china de 500 miligramos a un borde del televisor y una mascarilla guindada en la pared que utiliza para nebulizarse en caso de emergencia. Es todo.

A Afonso Moreira le diagnosticaron un enfisema pulmonar. Desde entonces su lucha es consigo mismo, con su moco. “Hay días en que sólo duermo cinco horas y estoy bien, pero otros, sólo duermo una hora y no más porque no puedo botar la flema”.

Hace cuatro años estaba en un restaurante, muy cerca del antiguo Cine Ávila. Moreira, emprendedor al fin, quería alquilar un local en la zona. En ese momento, mientras conversaba con una señora, se armó un tiroteo dentro del restaurant. La policía entró

disparando y una bala perdida que ingresó por su costilla izquierda le perforó uno de sus pulmones. Esa bala aún vive en el pulmón izquierdo de Afonso, no se la han podido sacar. Por eso, todos los días, este inquilino de *La Moisés*, debe permanecer sentado horas en su colchón para expectorar, escupir, lo cual hace en el mismo piso roto y mugre, cómplice de su soledad.

Es de tarde, y allí está Afonso Moreira, de 68 años, natural de Belo Horizonte, al sureste de Brasil. De profesión chofer, según lo indica su cédula de identidad de fondo amarillo que lo identifica como residente. Es un hombre de cara triangular, mentón delgado, muy delgado, pómulos hundidos. Las múltiples arrugas horizontales de la frente denotan su ceño siempre fruncido de tanto pensar; tal vez, de preocuparse. Pero aún, a sus años, su lucidez está intacta. Sentado en su colchoneta frente a la pantalla de su televisor, único accesorio de la pieza, su mirada luce perdida, infinita.

Moreira se vino a Venezuela hace 39 años y desde hace cuatro vive en La Moisés. Comenzó trabajando por su cuenta, compraba mercancía en Caracas para luego venderla en Manaus, hasta que, según relata, le cerraron la frontera. Con unos ahorros que tenía quiso montar una cauchera. No pudo. Tuvo que utilizar ese dinero para su hija que necesitaba graduarse en informática. “Eso me complicó la vida”, reconoce.

Su hija ya no está, se fue a trabajar a España. Era lo que le quedaba de su familia en este país. No supo más de ella. El resto de su familia vive en Brasil. “A veces llamo para allá...”. Se queda en pausa por unos segundos y lo suelta, con marcado acento brasileiro: “...Pero no me gusta llamar porque estoy en una situación mala y no me gusta estar...diciendo que estoy en esta situación”.

Hoy, Afonso Moreira Olinto añora una pensión como la que tienen algunos de los inquilinos venezolanos que residen en La Moisés. No la tiene por su condición de extranjero residente y a su país no quiere regresar. Su única comida diaria, de lunes a viernes, la resuelve en un comedor popular ubicado en la esquina de Crucecita por la avenida Fuerzas Armadas. Y, si acaso, en la noche, un pan. Los fines de semana, la comida del día la resuelve con la bondad de un amigo que vive cerca.

Para pagar la pieza le hace mandados a los quiosqueros de La Candelaria. Les compra chucherías y cigarrillos. Con la propina que le dan, a duras penas, paga por la posibilidad de tener, al menos, un techo donde vivir.

Como casi todas las tardes, Afonso está sentado, en su suerte de colchón. Tose seco varias veces. Vuelve a toser y escupe al piso mientras mira la mala imagen de su viejo televisor. “Yo miro la televisión esperando el día que muera. Qué voy a hacer, no aprendí a robar”.









El heladero de la pelota de goma

Una pelota azul de goma estampada, hecha en China, pende de una cabilla oxidada en el techo de la pieza de José Rosario González, Rosario. Es el único adorno en el cuarto de este heladero de 76 años. Un buen día se la encontró en la calle y resultó perfecta para decorar su diminuta habitación. Allí está, arrimada en su techo, su pequeño cielo, junto a la bolsa de basura que también está guindada del techo y unas pocas mudas de ropa.

A pesar de los vaivenes, a su edad se reconoce como un “hombre duro”, fuerte. De tez blanca, casi pálida. Muy pocos cabellos en su cabeza, abundante en canas. El trajín de los años es implacable y la flaccidez es notoria en todo su cuerpo, especialmente en su barriga prominente que deja caer por encima del broche de su pantalón azul.

Lo que más hace Rosario en lo que le resta de vida es mirar la televisión. Pero no le gusta reconocerlo. “Eso no es pa hombre, es pa` carajito”. La TV la mira encorvado, su postura natural, con el ceño fruncido por una visión que no es la misma de antes y, siempre, sentado en su delgada colchoneta, hundida en el medio hasta más no poder. Horas y horas a escasos centímetros de un viejo televisor con muy mala imagen, porque no tiene más espacio. En eso gasta su tiempo Rosario, mirando, porque no hay nada mejor que hacer a sus 76 años.

Casi no sale de *La Moisés*, a menos que sea para tomarse una “sopita” cuando puede, o para cobrar la pensión del Seguro Social que a duras penas le alcanza para hacer un mercadito, una que otra medicina para los achaques, cigarros y *toddy*.

Como todas las tardes a las seis, Rosario, sin camisa y con un viejo pantalón azul desabrochado, sin ruedo, posa sus pies gordos, descalzos y mugrientos en un viejo periódico tabloide de clasificados en el que una importante empresa de seguridad solicita un Auxiliar de Cofres, con al menos nivel de instrucción de bachiller y con experiencia en soldadura y cerrajería. Es el mismo periódico donde Rosario escupe casi por ejercicio.

Hoy, mira otro capítulo de “El Chavo del Ocho” en el que se ve a Don Ramón discutiendo con el chavo. Mientras, con sus dos manos, se come un pan solo y duro. Lo

hace con prisa pero sin despegar su mirada de la pantalla del televisor. Mastica lento y con la boca abierta, inmutable, mientras las migas van cayendo a borbotones desde su boca a su colchoneta amarilla sin cubrecama, sucia y desgastada.

Pensionado en todo sentido, trabajó hace tiempo como heladero hasta que enfermó. Lo tuvieron que hospitalizar y cuando regresó, los patronos le quitaron el carrito de helados. Desde entonces sobrevive con la pensión que cobra de 1.223 bolívares, que más que un salario, rinde como una mesada que va estirando para comer hasta los 17, el gran día, en que el Estado venezolano le acredita el dinero de jubilado social.

Con voz ronca, chillona y quejumbrosa, José Rosario reconoce que está “jodido” y está pensando en ponerse a vender cigarrillos detallados en la calle “a ver si me reúno una platica”. Rosario toma agua del chorro, “agua de tubo” como él le llama y que almacena en botellas de refrescos de dos litros porque, como él lo reconoce sin rodeos: “si compro agua me muero de hambre”, en un país donde un litro de agua mineral es más costosa que un litro de gasolina.

Pero, Rosario a lo interno de la pensión, vende uno que otro cigarrillo detallado, a bolívar cada uno. Prefiere ocultarlo. Una cajetilla de cigarrillos marca *Marine* así lo evidencia en una pequeña mesa de su pieza mientras sostiene un cigarrillo encendido entre el dedo índice y anular de su arrugada mano derecha.

A este heladero las ganas de dormir no le juegan limpio. Duerme poco y normalmente se despierta a las tres de la mañana y para entonces, siempre estará allí su gran confidente, el de la cara de vidrio: su televisor. Entonces “me pongo a ver televisión calladito porque no puedo dormir”.

José Rosario González es hijo único, natural del estado Lara. Nunca se casó y tampoco tuvo hijos. Hasta hace 6 años vivió con una buena mujer, como él mismo la recuerda, pero murió y lo dejó solo. Él mismo la llevó al hospital, a los tres días murió.

A pesar de la lucidez a su edad y la estoica soledad a la que le hace frente desde la indiferencia cuando evade el tema de la familia y afirma que no tiene a nadie, la memoria de Rosario comienza a hacerle trampa cuando asegura que tiene 30 años en *La Moisés*,

cuando en realidad tiene como 10, cuando le cuesta recordar el nombre de la mujer “bien buena” con la que compartió parte de su vida y cuando no recuerda su propia fecha de cumpleaños (el 4 de septiembre de 1934).







“No todos los días se puede tener real”

Cuando “Cuba” llegó a *La Moisés* hace 19 años, la pieza costaba tres mil semanal, tres bolívares de los de ahora, 42 céntimos de bolívar diarios. La fecha exacta la recuerda con claridad: “Desde el 16 de septiembre del 92, cuando el sacudón”.

Siempre se anda cuidando de lo que dice y a quién se lo dice. Vende todo lo que puede: películas *dvd* piratas, cafés, cigarros detallados y hasta colonias. Y si la cosa se pone fea, entonces recoge latas de cerveza por las calles y las vende.

Daniel, alias “Cuba”, se la pasa por Capuchinos, una de las plazas más viejas de Caracas y la principal de San Juan, así se llama desde 1897. Por aquí se la pasa, quien dice, con reservas, ser un buhonero de películas *dvd*. Aunque también en la pieza prepara arroz con leche y ponquecitos que sale a vender.

Asegura llamarse “Daniel Fendel”, pero a nadie le consta. En verdad, en la pensión todos le dicen “Cuba” porque se sabe que nació en la isla antillana. Sólo eso.

Este vendedor ambulante, que aparece registrado en la pensión como vigilante, prefiere no dar muchas pistas, no vaya a ser “que se meta en un peo” con la policía por algún comentario demás o, por una pista que dé señas a las autoridades de por donde se la pasa y dónde compra la mercancía. Daniel, como dice llamarse, es otro de los inquilinos de *La Moisés*.

Para este trabajador de la economía informal, es clave trabajar cerca de su morada en la que comparte la comida con sus colegas, los de la vida, los mejores. Las estampidas policiales se producen a diario y de imprevisto, en las que se desaloja a los vendedores ambulantes del centro de la ciudad. Y la plaza Capuchinos queda apenas a unas cuadras de la casa de habitaciones de la esquina de Quebrado.

Frente a la iglesia de San Juan, templo principal de la parroquia, está la plaza de Capuchinos que ha cambiado su nombre cuatro veces antes de llamarse así. Antiguamente se llamó Plaza del León, su primer nombre por allá por 1776. Luego cambió a “Plaza Zamora”. Y 100 años después, en 1875, el militar y presidente de turno, Antonio Guzmán

Blanco, le puso “Plaza de Abril”, en su honor, por su triunfo político del 27 de abril de 1870 cuando se hizo con la presidencia de Venezuela.

La venta callejera la hace todos los días menos los miércoles, día preferido por la policía para recoger a los buhoneros. Los domingos son sagrados, para descansar. Ese día se queda en la pieza viendo televisión. Pero este cubano tiene su estrategia buhoneril que consiste en ponerse a trabajar siempre en sitios diferentes. De esta manera evita encontronazos con la autoridad y el consecuente decomiso de la mercancía.

Le gusta trabajar en las plazas, dentro de todo, es más seguro. A veces la plaza La Candelaria, a veces la de Capuchinos. Pero, especialmente, la plaza Capuchinos, un sitio que aprovecha para vender sus productos porque por ahí “el gobierno no molesta”.

Un día de venta buena para este buhonero de contextura gruesa y bigote pronunciado, con fases de español, puede ser un domingo en el que podría ganar, con buena suerte, 120 bolívares. Cualquiera otro, no se sabe y la suerte está echada: “Poquito a poco uno va recogiendo su centavo”, reconoce.

Con el pasar del tiempo las circunstancias han llevado a este comerciante de calle a trabajar en lo que venga. Recepcionista y luego vigilante se cuentan entre los oficios que le han dado de comer a este inquilino de *La Moisés*. Cuando trabajaba como sereno, le detectaron una catarata en el ojo derecho y más tarde la tensión alta. Entonces “Cuba” tuvo que dejar de bregar como seguridad.

Este buhonero de 50 años se cuida y prefiere no arriesgarse tanto a su edad. Mientras, espera con ansias los diez años más que le faltan para comenzar a cobrar la pensión. “Hay que adaptarse a la edad, a la tercera edad”, dice este inquilino con resignación y en tono afeminado pero con las reservas del caso porque, a fin de cuentas, es buhonero y cubano y, por lo tanto, insiste en no hablar mucho de sí.

Igual que en las otras habitaciones, en su pieza todo está amontonado, superpuesto. Así está la mercancía, los *dvd's* de viejos clásicos que sale a vender cuando puede, apilados unos sobre otros en un viejo estante improvisado, junto a otro montón de potes, latas vacías y cachivaches de todo tipo, a un borde y sobre su colchoneta que ya no aguanta más. Los

potes vacíos, bien le sirven para guardar cualquier cosa, dos o tres frascos con especias de cocina y un par de coladores guindados en la pared de la habitación. En esta pieza, como en el resto de la pensión, el espacio de la intimidad no sobra, falta y el hacinamiento es el que manda.

A este “buhón”, como en la antigüedad, muchas veces el dinero se le ha mostrado indiferente en medio de sus propias carencias: “No todos los días se puede tener real y cuando se tiene, hago el sacrificio y me compro agua”, y es que Daniel normalmente toma agua de chorro, aunque de vez en cuando, ingeniosamente, consciente de los peligros que corre con el agua no potable, compra hielo, lo pone a deshacer, espera y se lo toma.

El almuerzo de hoy fue una suerte de trueque con otro inquilino. “Cuba” compró par de morcillas y el vecino de la habitación de al lado, un colega vigilante, le regaló el refresco y la mitad de un arroz chino que le regalaron en el trabajo. A cambio, Daniel se compromete a freír las dos morcillas en una cocina improvisada que montó con latas en la parte de afuera de su pieza. Listo, se resolvió el día con la fritura. Ahora Daniel come, mientras se toma una *Frescolita* en un pote de helado *Tío Rico*.

A sus 50 años este hombre antillano de poses amaneradas tiene varias convicciones. La primera que “Soy solo, solitario” y la segunda y no menos contundente que: “Cuando uno es de la tercera edad ya no disfruta de los beneficios de la sociedad”.

Mientras tanto, este buhonero de la plaza Capuchinos, ansía los 10 años que le faltan para comenzar a recibir la pensión de manutención que ofrece el Estado a los adultos mayores. Se siente así hace rato. Y en el camino, si no le sale la jubilación, se irá directo a un ancianato donde se encarguen de él, para cuando ya no pueda valerse por sí mismo. Además, y quién sabe, si tumban la pensión o aumentan el alquiler y tendría, obligado, que buscar adonde irse. Son algunos de los riesgos que considera “Cuba” a quien ya le inquieta que sigan indagando acerca de su persona y prefiere terminar la conversación: “Creo que ya hemos hablado demasiado”, dice con voz afeminada.



Un panadero ilustrado

“Aquí se vive...Se vive bien, chico. A veces se preparan una papas (comida) por aquí, en cualquiera de los pasillos, entonces hay unos que dicen: ¡carajo, qué bueno!...A veces una sardina frita, un plato de esos criollos, no. Un plato propio de gente de pueblo. Mira, los millonarios se morirían de envidia si nos vieran comer. Porque esa vaina que comemos nosotros son unos platos número uno. Eso no se consigue en ningún restaurant (risas). Es un menú especial”, asegura con humor Edy Morel, panadero de 60 años, oriental, nacido en Barcelona, estado Anzoátegui y aficionado a la numerología. Le gusta jugar a la lotería.

Cuando Morel llegó a la capital hace 39 años, en 1971, transcurría el primer gobierno del presidente Rafael Caldera. Era la primera vez, en 153 años en la historia republicana de Venezuela, que un partido de gobierno entregaba sin traumas la jefatura de gobierno a un partido opositor. Raúl Leoni, de Acción Democrática, le traspasaba el mando en marzo de 1969 a Caldera del partido socialcristiano COPEI.

Recién llegado a Caracas comenzó trabajando como mesonero. Desde hace 10 años, el mismo tiempo que tiene en la pensión, trabaja como panadero ganando sueldo mínimo y para levantar el salario le gusta probar suerte “un día sí, un día no” jugando a la lotería, porque le “ha sacado las patas del barro varias veces”.

Morel es un hombre de convicciones, las mismas que ha madurado por su cuenta en la universidad de la vida. Tiene voz grave. Pronuncia bien cada palabra, cada ese, habla como todo un locutor y cuando puede hasta suelta su muletilla en inglés: “*All right*”, acostumbra a decir en buen intento, para cerrar algunas ideas. Habla pausado, sobre diferentes temas y tópicos y con la credibilidad de un experto. Con unas cervecitas de más, como las que tiene hoy, su discurso se tornará más prolijo, con conceptos propios, que son los que más le gustan.

Es probable que Morel se considere un ser “anónimo”, porque no es reconocido por la sociedad en la que vive. Es probable que se sienta tan invisible para él mismo, como para

el mundo que está del lado afuera de *La Moisés*. Nunca lo admitirá, eso se lo guarda, pero así lo siente.

Morel, sigue siendo Morel, el de los grandes conceptos que va amasando día a día, igual que lo hace con la harina en los hornos de la panadería. Nunca ha estado en un estudio de radio pero de ese tema puede hablar con propiedad. Habla fluido, como todo un experto, con buen tono; siempre proyectando la voz, como todo un locutor. "En materia de entrevista radial hay que ir al grano de la cosa, al grano del asunto y no estar con ese bamboleo y ese alargamieento. Si no viene el director y te llama y te dice: "Mire compañero, estás hablando mucha paja, ponga música. A *Michael Jackson*, a José Luis Rodríguez, a Raphael o a Julio Iglesias, se le puede dedicar tiempo porque tienen qué decir y la gente se esmera por escuchar esa entrevista. Pero a un anónimo, un personaje oscuro, no se le puede alargar tanto la entrevista. Tú entrevistas a un anónimo, un habitante del barrio Carapita, y qué te puede decir él. Una cosita ahí, pero más nada".

"Tú le preguntas qué es el ácido acetilsalicílico a los técnicos superior en química y no saben, no tienen ni idea. Allá abajo se mudó uno que decía que era sociólogo, otro que era economista, pero la verdad es que casi todos los que viven acá son de profesión buhoneros, obreros. Aquí no vive gente así de ese nivel universitario. Sin embargo, ellos dicen eso. Hay otros, por ejemplo, Rafael Parra, un llanero que trabaja como cachapero, aquí mismo, al lado de *La Moisés*. Ud. conversa con él y te habla de temas de parapsicología, de cine, televisión, teatro, psiquiatría, filosofía. Un hombre... que anda volando alto".

Con 60 años a cuestas, Morel nunca se casó, pero vivió con una mujer que le engendró dos hijas adolescentes, que tiene "regaditas" por Maturín y de las que sabe poco.

La pieza de este panadero numerólogo no difiere en nada de las demás de *La Moisés*, salvo porque hay menos cachivaches hacinados y la habitación luce más espaciosa, más grande. La vieja colchoneta sudada y sin funda es la que amortigua su descanso por las noches. Una suerte de pequeña mesa de madera desordenada con una cajetilla de cigarros, un radio portátil de mano, un desodorante *Mum Bolita*, un cepillo y cinco potes de gelatina para el cabello.

A Morel le gusta la literatura. De eso, no hay dudas, los temas esotéricos y los científicos son los que más lo cautivan. Allí están sus fieles acompañantes, a un lado, regados en el piso, varios libros viejos: uno de Bolívar, otro de Víctor Hugo y un diccionario para las palabras que no conoce.

Es la una de la tarde de un miércoles y Edy recién llega de la Panadería *La Espiga*, donde trabaja de siete a doce del mediodía, menos los martes, el día que libra. Hoy, almorzó en la panadería un par de cachitos. Allí, tras la puerta que separa el mostrador de la cocina, este panadero oriental va sacando y metiendo las bandejas con los diferentes tipos de panes: el canilla, el campesino o el pan dulce.

A este inquilino oriental no le falta generosidad para con algunos de sus vecinos de la pensión, para quienes no se hace tan fácil el pan de cada día. Con ellos, comparte dos de los seis panes que siempre trae de vuelta y que él mismo prepara en los hornos de *La Espiga*.

Cuando Morel regresa a la pensión en las tardes, le gusta sentarse a leer el periódico en la paz íntima que sólo consigue en las cuatro paredes de su pieza. “Bueno, vamos a matar esto”, dice sentado en un galón de pintura que le sirve de asiento, en la entrada de su cuarto frente a uno de los pasillos de la pensión.

Con el curso de lectura veloz que hizo hace tiempo, con seguridad aprovecha mejor su pasatiempo de leer el periódico todos los días, luego de una jornada calurosa tras los hornos. Siempre lo hace en el mismo sitio, en la puerta de entrada de la habitación, frente al pasillo, sentado sobre un pote de pintura de dos galones vacío, su silla, mobiliario propio. Le gusta ir cómodo, en cholas, sin camisa y con un short bermuda, mostrando su pecho blanco lampiño y la pronunciada barriga. Una tabla rota, que posa sobre sus dos piernas, sirve de soporte para el tabloide que tiene completamente extendido, mientras, con anteojos y bolígrafo en mano, va marcando las palabras que no conoce. Así va página por página, de derecha a izquierda. De pronto, un titular llama su atención. Detiene su mirada y comienza a leer con más detenimiento: “Los hombres también llegan barrigones a los 40”.

Se acaba el tiempo, Edy quiere seguir leyendo el periódico y, si hay algo de lo que está plenamente convencido este panadero, es del carácter cinematográfico de una realidad que supera con creces la ficción en *La Moisés*. “Aquí con un poco de imaginación se puede hacer hasta una película”.

Con la misma sobriedad y gentileza del inicio, Morel se despide con el caché que lo haría un Raphael o un Julio Iglesias: “Bueno, cerrada la entrevista por hoy”. Se para de su silla, el galón de pintura, camina hacia un lado del pasillo y estira sus brazos. Adiós.





El color de la indigencia

Para los médicos la hernia es una “protrusión del peritoneo parietal de un órgano”, generalmente en la zona abdominal. Como una fisura que se produce en la membrana más externa que recubre el abdomen. El tejido adiposo, la grasa, de la barriga, se debilita, el cuerpo reacciona y un órgano interno, normalmente el intestino, salta a la superficie, formando una gran pelota protuberante, parecida a la “teta” que le sale a los cauchos, como respuesta a un duro golpe al neumático. Aparte del dolor abdominal, causado por la tumoración, que impedirá a toda costa cualquier esfuerzo físico, la expulsión de gases y la posibilidad de ir al baño a excretar las heces, quedará limitada al taparse el intestino.

Justo debajo del ombligo de Mario, del lado izquierdo de su barriga, sobresale una protuberancia, una bola dura, que presiona su pantalón de adentro hacia afuera y que le llega casi a la rodilla. A él no le gusta hablar del tema, se hace el loco y cambia la conversación. Es una hernia que le acompaña hace bastante y que sigue inflándose.

—Yo me llamo Mario, Mario Márquez...Tú sabes, ¿no?

Mario, tiene porte europeo, es alto. De fases finas y manos delicadas, uñas limpias y bien cortadas, cabello liso, largo y canoso hasta los hombros. Mario Belfiore es el inquilino de la pieza 29 en el segundo piso de *La Moisés*, probablemente la de más carencias en la Pensión. “Yo vivo aquí humildemente. Tú sabes, ¿no?...Humildemente. Tú sabes, ¿no?”.

En un espacio de medio metro de ancho por uno y tanto de largo, Mario duerme embojotado entre bolsas, cachivaches y varios pipotes en una colchoneta que no soporta su propio peso y por eso está en el piso. Una parte del pequeño techo que cobija su pieza está roto y enmendado con bolsas negras de basura.

Su estilo de vestir da idea de una procedencia que hace tiempo extravió en los vaivenes de la vida, esa que da tantas vueltas y en una de éstas, hasta podría no reconocerse a sí misma. Hoy viste como casi siempre: suéter tejido azul marino sobre una camisa azul manga larga, manchada quién sabe de qué, pantalón negro plisado y zapatos negros de vestir punta cuadrada. Es la misma indumentaria que ha repetido toda la semana y más. Las

prendas lucen desteñidas y sucias por el uso frecuente y los zapatos completamente rotos, los protege con pedazos de bolsa negra y cinta adhesiva en el empeine y en la suela para no mojarse los pies.

Algunos inquilinos de *La Moisés* no perciben a Mario en sus cabales. Dicen que no está bien y que además es indigente. En la vida real, Mario deambula recogiendo latas en la calle o vendiendo una que otra cosa que se encuentra a su paso por las calles del centro de la ciudad. Pero, Mario no se reconoce como tal. En su criterio, él, es comerciante. Y siempre tiene la fantasía de que va saliendo a comprar la mercancía. “Yo soy comerciante, yo vendo to’esas cosas...cosas así de buhonería. Tú sabes, ¿no?”. Afeitadoras, pilas y pegaloca son algunos de los productos que Mario dice vender en la calle, siempre de un sitio a otro, por ahí. “Yo me defiendo con eso. Tú sabes, ¿no?”.

También asegura que es deportista. “Yo alzo pesas y to’esas cosas”. Según dice, asiste a un gimnasio por la plaza de San Martín en el que paga 150 mil bolívares mensuales. “Hay mujeres y hombres ahí, practicando y to’ esas cosas”.

“Viví un tiempo con mi familia pero... tu sabes que...estee...cómo te digo, estee... eh, tenía una habitación ahí...lo que pasa es que, como te digo...este...Yo tuve que desocupar ahí y me vine para acá, tú sabes, ¿no?”.

Antes de alquilar su hueco número 29, de Puente Nuevo a Quebrado que procura pagar, si Dios quiere, diariamente, Mario trabajó como recepcionista en la 113, otra pensión, justo en frente de *La Moisés*, propiedad de los mismos dueños y que fue invadida a la fuerza por sus propios inquilinos hace poco, porque no querían pagar más. Y es que, un reciente anuncio presidencial, amenazó con expropiar aquellas pensiones en las que sus dueños no “dieran la cara” y no rindieran cuentas al gobierno.

Mario duró algún tiempo como recepcionista hasta que una noche lo encontraron masturbándose, mientras hablaba por teléfono con una línea caliente. Hasta ahí llegó.

Sus 50 años no los aparenta desde una apariencia más bien juvenil, bohemia. Pero cuando le toca decir cuántos años tiene, la memoria o quizá el destiempo de su existencia, le falla, y suelta que tiene 45.

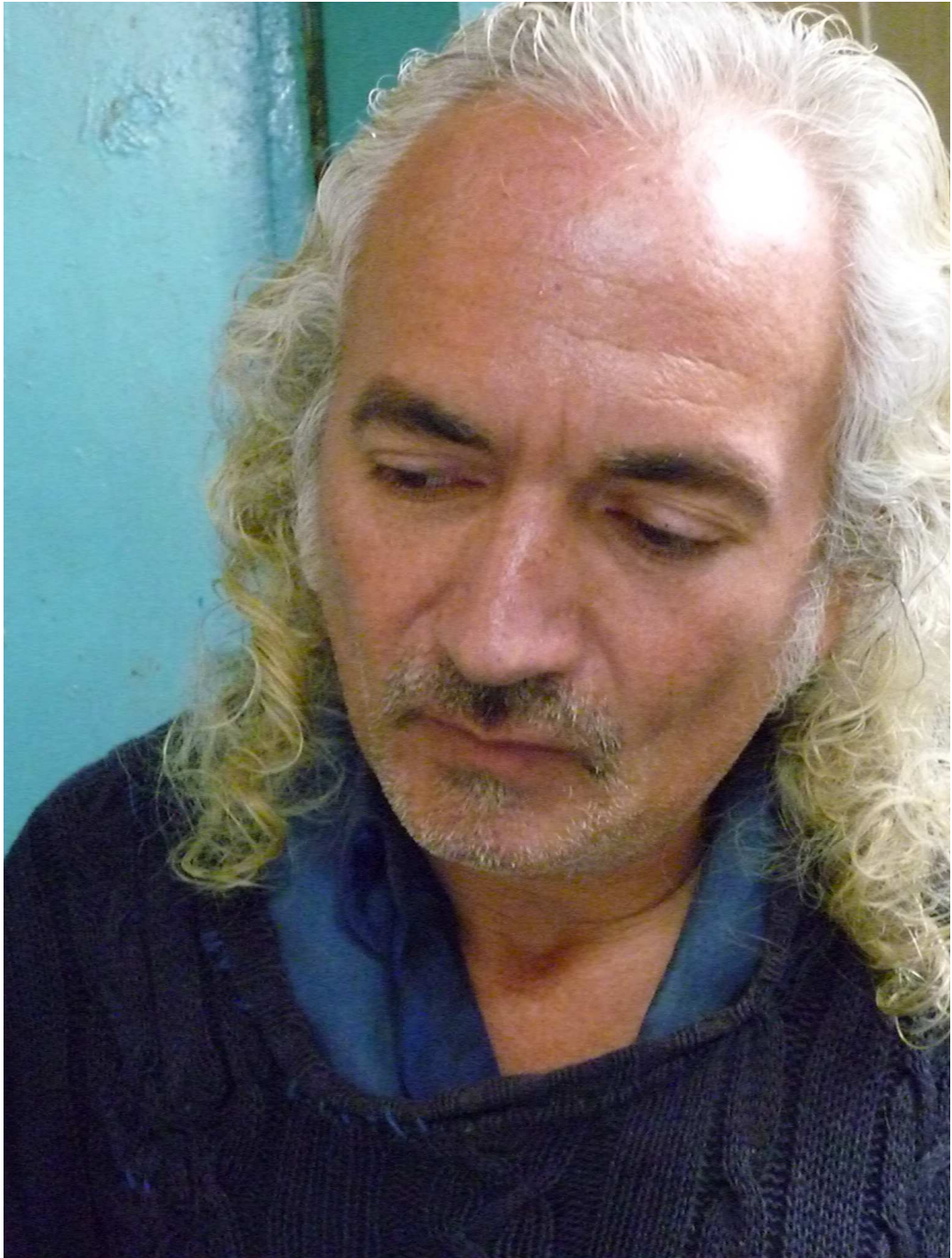
Cuando se presenta, no recuerda, voluntaria o inconscientemente, su apellido paterno: “Belfiore”, italiano, por su papá: Pascual. Por eso siempre menciona su segundo apellido, el de su mamá: Márquez, el apellido materno por delante, “tú sabes, ¿no?”.

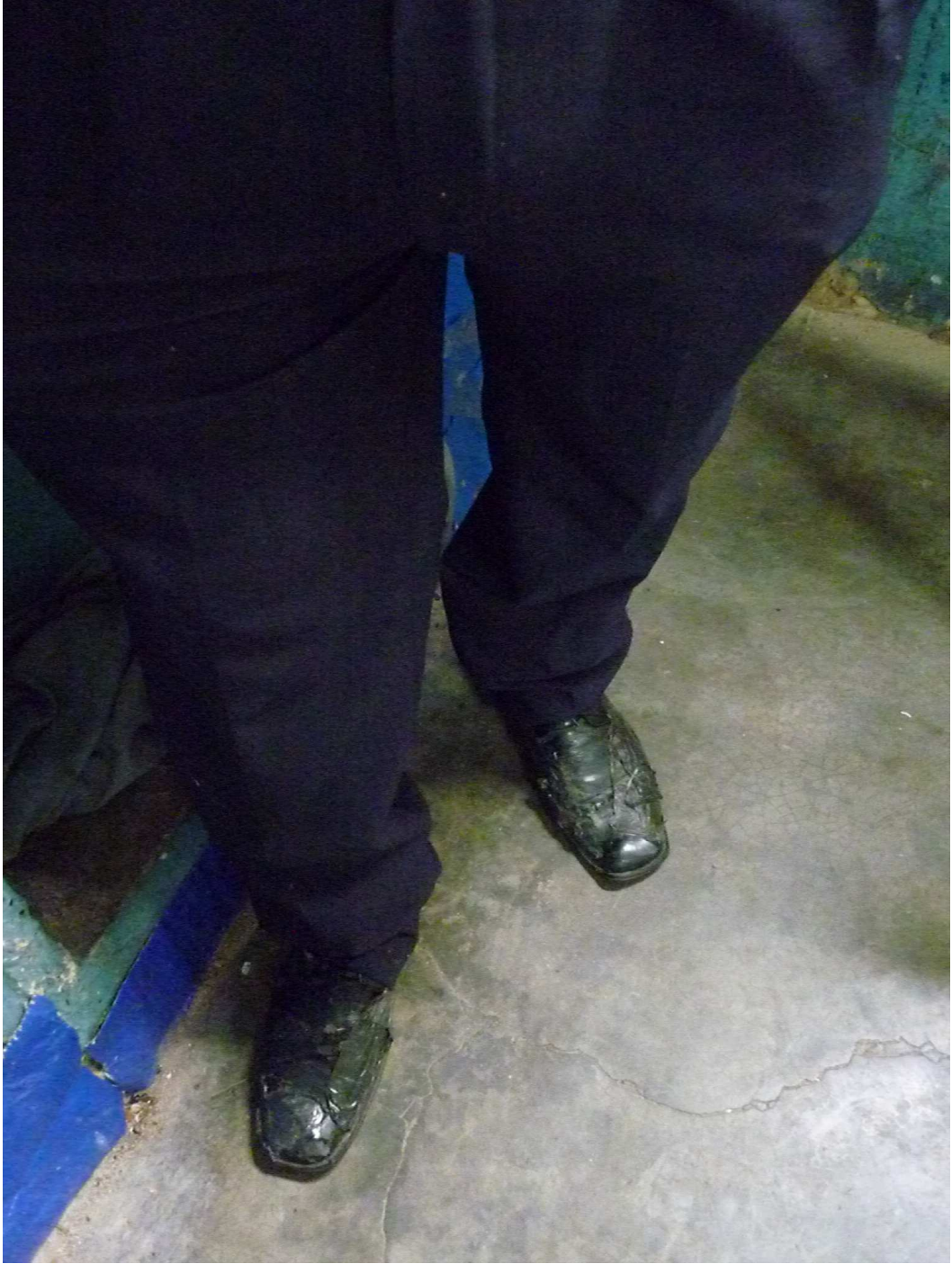
De sus estudios, recuerda que llegó hasta bachillerato y especifica: “bachiller en ciencias, me gradué en el año 1990”. De ser esto cierto, Mario se habría graduado de bachiller a los 30 años de edad.

Dentro de todo, el amor, no se sabe si real o de ficción, parece haber rondado la vida de este indigente de *La Moisés*. Mario asegura que tuvo “un romance con una muchacha” con la que tuvo un vástago. Y echa su cuento que sólo él sabe si es cierto: “Yo los ayudo económicamente. Ahora estamos así, como... como distanciados, pero pienso unirme con ellos más adelante porque el hijo siempre necesita el calor del padre”.

La identidad y las cosas importantes Mario las lleva consigo embojotadas en sus bolsillos en una bolsa de plástico. En uno de los bolsillos de su pantalón de vestir sucio que hace tiempo no lava, sobresale la bolsa azul con su documento de identidad. Allí lleva su cédula por si lo paran en la calle y unas monedas, para defenderse. Al despedirse, aprovecha para pedir una colaboración, una ayudita. “Si me podrías ayudar con algo, una ayudita. Cómo te digo... así... tú sabes, de amigo. Tú sabes, ¿no?”.







Un bombero calculador

Para Rafael Parra la vida, la misma que lo llevó a la metafísica, siempre fue una aventura. Músico y cantante cuando se creía inmortal, por ahí se la pasaba, luego bombero “de corazón y alma”, mecánico a ratos, policía y hasta escolta presidencial durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. Ahora, chofer de autobús para la Alcaldía de Caracas, en la que trabaja un día sí y un día no, por el sueldo mínimo.

Se considera autodidacta, metafísico, numerólogo y además se siente como todo un investigador. Y es que pegar un tripletazo, un tripletón o el tripleleón de los mediodías, no se puede dejar únicamente en manos del azar, no; eso requiere estudio y dedicación. Tres sorteos diarios, no más, incluyendo el especial cantado de los domingos en el sorteo de Caracas y Táchira, le permiten a Parra, ir afinando sus conocimientos en el arte de adivinar el número que ganará.

A sus 63 años, Parra, un llanero de San Fernando de Apure, de ojos achinados, como muestra de su origen indígena, en una piel tostada ennegrecida, va sumando y restando como “El hombre que calculaba”. En su mano derecha, un anillo de azabache para la buena suerte y contra la pava, lo acompaña todo el tiempo.

Dentro de todo, a Rafael le rinde el dinero entre el sueldo mínimo y los picos de suerte en el azar. Su pieza, más ventilada que el resto gracias a un ventilador que funciona y un diminuto *dvd* chino en el que ve películas, son las únicas comodidades que disfruta en su intimidad. La delgada colchoneta de base metálica a tubos y las bolsas guindadas del techo, lejos de los roedores, siguen intactos como parte de la identidad de *La Moisés*.

Como chofer de autobús en la Alcaldía de Caracas pero sobre todo desde su ferviente militancia en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), Parra no pierde tiempo para evangelizar con el socialismo. Apilados en el angosto piso de su pieza, unos pocos libros que hace tiempo no lee. Toma el de “Los protocolos de los sabios de Sión, los peligros judíos masónicos” porque no deja de preocuparle la lógica del mundo capitalista: “Te recomiendo muy especialmente este libro”, dice como todo un experto.

Para la circulación toma un brebaje de raíces y especias de 38 plantas diferentes, preparado por los indios del Alto Apure, al que llama como otro preparado de hojas, típico de República Dominicana: “Mamajuana”. Para el toque picante, Parra lo mezcla con caña blanca. Siempre se toma un trago en la mañana y otro en la tarde.

Establece hipótesis y saca conclusiones de cada una de sus tres jugadas diarias, para ganar: “Yo jugué el 825 y salió 859. El ocho salió donde yo lo mandé, de primero. Pero me pelé en el dos y el cinco porque salió el 859. Entonces uno puede ver que dos más cinco da siete. El siete y el nueve son hermanos, allí hay una diferencia. Si nos vamos al Táchira (la lotería), me pasó lo mismo. Yo calculé para el Táchira 627 y salió el 781 porque primero calculé 228. Lo borré y le monté el siete y el uno, fue una confusión. Yo calculé para el triple B el 668. El morocho no salió seis sino cinco. Y al ocho me le vine por uno también y se me cruzó”, razona.

Para este calculador, que en sus buenos tiempos “tuvo muñequitas bellas”, como llama a sus viejas amantes, la vida no se traduce en andar “por ahí brincando y rodeado de mujeres”. La vida es otra cosa y tiene que ver con su yo interno, ese que lo lleva a calcular y calcular desde su pieza de *La Moisés* qué número saldrá hoy. “Eso yo lo viví, mujeres por coñazos hasta que me di de cuenta de que no era yo el que gozaba, eran ellas, todas, mujeres casadas”.

Es casi de mediodía, no deja de llover y Rafael se inquieta desde la recepción de *La Moisés*, porque debe salir a jugarse el segundo triple de hoy. Saca del bolsillo de su *blue jean* una hoja con varios triples que anotó hace un rato, luego de un exhaustivo análisis numerológico. Esta mañana, más temprano, salió el 799 y el jugó el 688. Falló esta vez, pero sabe que ganará.

Ganar en la lotería es para Parra el equivalente a componer la melodía perfecta con la que sueñan los músicos. Pero esa melodía tan difícil de aprehender por los compositores, parece estar emparentada con la insaciable búsqueda del azar de este numerólogo de la parroquia San Juan.

Acertar en la lotería es un arte y requiere constancia metódica. Ganar con un triple o un terminal, vendría a ser casi, como la eterna relación de un compositor con esa melodía perfecta que busca afanosamente. “Esto es como el investigador que está tratando de crear música y de repente, saca parte de una melodía, pero no la puede terminar completamente para lograr la armonía total de lo que se busca”.

La fugaz fortuna de Rafael, así como llega se va, porque él no es hombre de apego material, por eso se la pasa jugando:”Pero dime tú una cosa, ¿para qué coño quiere uno el dinero? Yo no gasto medio en mí. La comida la compro con *cestatickets*”.

Los terminales los pega casi diariamente gracias a su entrenamiento numerológico para ganarle a la lotería, al azar de la vida. Parra, quien dice ser revolucionario como el gobierno, confiesa su vocación de *Robin Hood* para ayudar a los que todavía tienen menos que él. Cuando gana un triple, el mejor premio, asegura sonriente, que el dinero se le esfuma antes de llegar a *La Moisés*. “Yo de repente me gano un triple, doy media vuelta y cuando llegó aquí ya se lo he repartido a la gente por el camino”.

Hace 40 años cuando Rafael Parra era bombero, le tocó rescatar en la Petare-Guarenas a una mujer sepultada, según él, bajo 30 toneladas de tierra, luego de que volcara su carro hacia el fondo de un barranco. Un niño que iba junto a la muchacha, en la parte trasera del vehículo, murió compactado por la presión de la tierra en un vehículo triturado. En ese rescate, hubo acontecimientos que a “Parrita”, como le decían sus colegas bomberiles, no le parecieron naturales, normales. Desde ese día, comenzó a creer en la metafísica y por eso juega a la lotería.

Un primera máquina no es cualquier bombero, es “un primera máquina, el pilar del cuerpo bomberil”, y como tal, tiene que meterse en la candela. Parra era “primera máquina”, el chofer del camión del cuerpo de bomberos que acudió aquella mañana al rescate del carro que volcó en la Petare-Guarenas.

Ese día a las diez de la mañana, el oficial de guardia le dijo: “apúrate Parrita que la petare Guarenas está complicada”. Corrió al dormitorio, se puso el uniforme y con la

misma, se tiró por el tubo hacia abajo. Abajo, no había camión disponible y Rafael tuvo que conducir un carro particular, sin sirena.

A toda prisa, a toda máquina, Rafael zigzagueaba de un canal a otro de la autopista, pasando todos los carros en la vía, casi volaba. Cuando llegaron con Parrita como primera máquina, los bomberos en el sitio, cansados de un tortuoso rescate que se había extendido durante toda la noche, aplaudieron el refuerzo que llegaba al sitio, al mando de Parrita, como veloz conductor, para ayudar en el procedimiento.

Entraron en acción. Luego de horas y horas, cavando más de 30 toneladas de tierra, tratando de llegar al vehículo sepultado, lograron ver la cola de un vehículo blanco, comprimido por la presión de la tierra. El niño que iba en la parte trasera, aplastado, murió reventado por la presión, estaba desangrado, explotado. No esperaban menos del otro pasajero, la persona que iba en la parte delantera, una mujer a la que todavía no divisaban.

De pronto, por una de las ventanas delanteras, vieron una mano llena de tierra que sobresalía inerte. Era la de la mujer, a la que daban por muerta. En el procedimiento rutinario le pulsaron la muñeca, le retiraron la tierra de su brazo y en ese momento se dieron cuenta que había un sobreviviente: “¡Estaaaaaaaaá vivaaa!”, gritó con fuerza uno de los bomberos en el sitio. El vaticinio, la corazonada, la hipótesis y el cálculo se habían caído. Lo que se presentía no era tal y debía haber una fuerza sobrenatural para explicarlo.

Ese momento marcó a Parrita. Era un milagro y eso no tiene explicación. Cómo era posible que una mujer, luego de haber traspasado los límites de la vida, bajo 30 toneladas de tierra, en las profundidades del infierno, aprisionada durante 24 horas por el latón de un carro aplastado, hubiese podido burlar a la muerte.

El caudal de tierra no logró tapar su nariz y pudo respirar. Este episodio marcó la manera de pensar de este numerólogo de *La Moisés*, al descubrir ese día que hay cosas imposibles de explicar bajo las leyes normales de la vida y por lo tanto, concluyó, que el mundo debe estar regido por una ley sobrenatural, del más allá, la misma que lo lleva a creer que puede ganar a la lotería, desde el orden metafísico. “Hay otro orden. ¿Cómo puedo saber yo qué número va a salir hoy?”.



Bolívar, el mandadero

“Tengo como 60, 77, 80 años”, dice José Rafael Bolívar, un mandadero de 67 años, según su cédula, que perdió la cuenta de la edad que tiene hace tiempo.

En el día se la pasa entrando y saliendo de *La Moisés*. Compra tres latas de cerveza, regresa y se encierra o se queda en la entrada de la pensión, charlando, como buen conversador que es. Entra y sale. Al rato, irá por más cerveza. Así consume el tiempo este pensionado, libando las horas que pasan rápido por la cebada que lo mantiene relajado, sonriente y con ganas de dormir.

De baja estatura, trigueño, con bigote y cabello blanco. Su delgadez notoria destaca en los huesos de su clavícula y de sus brazos estrechos.

Los periódicos viejos regados por todo el piso de la pieza siempre los relee cuando definitivamente no tiene más nada que hacer. Los extiende en el desnivel de la entrada de su cuarto y sin camisa, de pie, parado en la puerta de la pieza, se pone a revisar las noticias deportivas de la semana pasada.

José Bolívar, asegura que trabajó en uno de los Tribunales Disciplinarios de la Seguridad Nacional, policía política del régimen del dictador Marcos Pérez Jiménez, que estaban ubicados frente a la hoy Asamblea Nacional.

Como mandadero, va de un lado a otro de San Juan, lleva y trae. Por eso le pagan propinas que se gastará inmediatamente en cerveza.

Pero uno de los pasatiempos preferidos de quien no tiene más nada que hacer en su último cuarto de vida, es darle de comer a las palomas. Agarra un pan viejo como el que se comió esta mañana. Se lo mete en un bolsillo del pantalón y se va a la Plaza Miranda. Allí se sienta frente al tumulto de la ciudad y la prisa de la gente, mientras con su mano delgada va deshaciendo el pan en migajas para deleite de las palomas, tan hambrientas como su humanidad.



Morir en *La Moisés*

Morirse en *La Moisés* podría ser lo más fácil para quienes lo esperan hace rato sin saberlo. Algunos, cansados de esperarla, se tiran al abandono. Así le pasó a un indigente. Se encerró en la pieza y no salió más. Días después lo hallaron tieso en su colchoneta. La autopsia reveló que el estómago lo tenía reventado.

En la “pensión de los abuelos”, pocos tienen con quien compartir en vida y mucho menos, quien reclame el cuerpo sin vida de alguno de los inquilinos que decide partir de este mundo sin aviso y sin protesta y mucho menos, sin nadie que lo reclame. No hay para tanto en *La Moisés*.

Francisco Mayta, tío de un general retirado, tiene 72 años, y ya casi no puede caminar. De todos modos, le gusta hacer el esfuerzo y, a pesar del riesgo, sale por ahí, camina y camina. Ante las dificultades de la existencia, lo más terapéutico que parece haberse inventado el hombre, es mantenerse caminando. Y Mayta lo hace, camina, cuando puede.

Hace poco salió en la mañana y durante dos días no se supo nada de él. En *La Moisés* se cansaron de llamarlo, y nada. Ya lo daban por muerto. Rafael, el encargado, cansado de llamar a su sobrino, el militar, terminó dejándole un mensaje: “Comunícate con la pensión porque no aparece tu tío”. Mayta, apareció dos días después en la noche, como si nada. Estaba caminando.

Si algo tienen seguro casi todos los que viven en *La Moisés* es que terminarán en una fosa común de cualquier cementerio. Llega la Medicatura Forense, levanta el cadáver y lo transportan a las cavas de la morgue, en Bello Monte. Y como nunca es reclamado por nadie, allá va a parar, a compartir la pensión eterna, en donde ya no hay de qué preocuparse. La redención de la soledad.

En los intramuros de San Juan, antiguo hospicio de enfermos y albergue de los pobres de siempre en tiempos de la Colonia, la peregrinación continúa.

Toda la vida tenía en la pensión un obrero de limpieza que murió hace poco. Nadie lo reclamó, a la fosa fue a parar. Otro, que ni pagaba, también partió en estos días. Estaba en el hueso, no dejaba de padecer. Varias veces ingresó a la emergencia de un hospital, pero él se empeñaba en regresar a *La Moisés*, a la pieza. La última vez llegó y se encerró, días después salió sin despedirse, muerto, a la fosa.



Referencias Bibliográficas

- AHUMADA, Yoyiana. (Comp.). (2009). *El mundo según Cabrujas*. Prólogo: Ibsen Martínez. Caracas: Editorial Alfa.
- ALVARADO. Sinar. (2005). *Retrato de un caníbal*. Caracas: Random House Mondadori.
- BARRIOS, Guillermo. (1992). *Inventario del olvido: la sala de cine y la transformación metropolitana de Caracas*. Caracas: Fundación Cinemateca Nacional.
- BARRIOS, Guillermo. (2009). *Tramas cruzadas: el rol de la ciudad en el cine venezolano*. Caracas: Ediciones Facultad de Arquitectura y Urbanismo UCV.
- CUENCA, Humberto. (1980). *Imagen literaria del periodismo*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- DÍAZ S., Pedro. (2005). *Caracas, la gentil: biografía de una ciudad*. Caracas: Editorial CEC, S.A., Los Libros de El Nacional.
- DURAND, Guillermo. (2007). *Fragmentos del pasado caraqueño*. Publicaciones de la Alcaldía de Caracas.
- GARCÍA, M., Gabriel. (1973). *Cuando era feliz e indocumentado*. Caracas: Ediciones El Ojo del Camello.
- GARGUREVICH, Juan. (2004). *Géneros periodísticos*. Quito: Ediciones CIESPAL.
- HERRERA, Earle. (1997). *Periodismo de opinión, los fuegos cotidianos*. Caracas: Literae Editores.
- HERRERA, Earle. (1991). *La magia de la crónica*. Caracas: Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación UCV.
- HERRSCHER, Roberto (2009). *Periodismo narrativo, manual para contar la realidad con las armas de la literatura. Ensayos sobre las lecciones de los grandes maestros*. Chile: Ril Editores / Universidad Finis Terrae.
- HOYOS, Juan J. (2003). *Escribiendo historias, el arte y oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- KAPUSCINSKI, Ryszard. (2003). *Los cinco sentidos del periodista: estar, ver, oír, compartir, pensar*. México: Fondo de Cultura Económica – Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.

KAPUSCINSKI, Ryszard. (2002). *Los cínicos no sirven para este oficio: sobre el buen periodismo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

MÁRQUEZ R., Alexis. (1996). *La comunicación impresa: teoría y práctica del lenguaje periodístico*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy. (1978). *Lugar común: la muerte*. Caracas: Monte Ávila Editores.

NÚÑEZ, Enrique Bernardo (1988). *La ciudad de los techos rojos*. Caracas: Monte Ávila Editores.

ROTKER, Susana. (2005). *La invención de la crónica*. Introducción: Tomás Eloy Martínez. México: Fondo de Cultura Económica.

SALCEDO R., Alberto; VELÁSQUEZ O., César.; GUTIÉRREZ C., Liliana; TORRES L., Jesús.; VALDERRAMA V., Jairo. (2005). *Manual de géneros periodísticos*. Bogotá: Epígrafe Ltda.

TALESE, Gay. (2008). *Retratos y encuentros: Una antología de Gay Talese*. Bogotá: Editorial Aguilar.

VALENCIA, Cristian. (2007). *Hay días en que amanezco muerto*. Crónicas. Bogotá: Random House Mondadori.

VALERY, Rafael. (1978). *La nomenclatura caraqueña*. Caracas: Ernesto Armitano Editor.

VARGAS LLOSA, Mario. (2003). *Diario de Irak*. Colombia: Aguilar.

VARIOS AUTORES. (2007). *Desvelos y devociones: el pulso y el alma de la crónica*. Caracas: Fundación Bigott.

VARIOS AUTORES. (2008). *Soho: Crónicas*. Bogotá: Editorial Aguilar.

Varios autores. SILVA, Miguel. y MOLANO, Rafael.(Eds), (2006): *Las mejores crónicas de gato pardo*. Prólogo: Martín Caparrós. Bogotá: Random House Mondadori.

VIVALDI, Gonzalo M. (2002). *Curso de redacción: teoría y práctica de la composición y del estilo*. España: Thomson Editores

YAGÜE J., Eloi. (2010). *Enrique Bernardo Núñez*. Caracas: C.A. Editora El Nacional.

YAGÜE J., Eloi. (Inédito). *Caracas crónica*.

Revistas

MONSIVAIS, Carlos.; LEE ANDERSON, John.; CAPARRÓS, Martín; VILLANUEVA, Julio.; PACHECO, Laura.; AVILÉS, Marco.; & TITINGER, Daniel. (2005). *Realidad mata ficción: Apogeo de la crónica*. Letras Libres (84), 12-58.

GUERRIERO, Leila. (2008). *El poder de la carne*. Gatopardo. (93), 50-59.

Material Electrónico

CAPARRÓS, Martín. (2010). *La crónica según Martín Caparrós*. [Homepage]. <http://eloficiodenarrar.wordpress.com/2009/03/10/la-cronica-segun-martin-caparros/>

GUERRIERO, Leila. (2010). *Sobre algunas mentiras del periodismo*. [Homepage]. http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=337

LINARES, Albinson. (2010). Leila Guerriero: “Contar una historia es un intento de entender al mundo”. [Homepage]. <http://prodavinci.com/2010/07/11/leila-guerriero-contar-una-historia-es-un-intento-de-entender-al-mundo/>

SALCEDO R., Alberto. (2009). *Lazos de sangre*. Gatopardo. (97). [Homepage]. <http://www.gatopardo.com/numero-97/cronicas-y-reportajes/lazos-de-sangre.html>

SALCEDO R., Alberto. (2010). *La eterna parranda de Diomedes*. [Homepage]. <http://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2010/06/28/la-eterna-parranda-de-diomedes/>

ZARZAR, Michelle. (2008). *Periodismo narrativo: a escribir colores*. [Homepage]. <http://www.periodismo.uchile.cl/noticias/2004/eloy2.html>

GIL, Juan Carlos. (2008). *La crónica periodística: evolución, desarrollo y nuevas perspectivas: viaje desde la historia al periodismo interpretativo*. [Homepage]. <http://gmje.mty.itesm.mx/gil.html>

